

Año XXXII.

Madrid, Jueves 29 de Agosto de 1912.

Núm. 35.

Suscripción "Sánchez Pérez"

	Pesetas.
Suma anterior	428'20
Eduardo Martínez (Barco de Valdeorras)	2'25
Francisco Jove (Mieres)	2'00
Esteban Jené (Sardaña)	5'00
Julio Magdalena (Sama de Langreo)	5'00
P. Caicedo (Madrid)	5'00
Angel Sanjuan (Las Palmas) ..	2'00
A. T. (Ferrol)	5'00
Narciso Cervera (Habana)	10'00
Suma y sigue	464'45

En 31 de este mes quedará cerrada esta suscripción.

La lámina de hoy

Asalto y saqueo de Cuenca

Con 700 defensores contaba Cuenca cuando la atacaron 14 000 carlistas á las órdenes de D. Alfonso y D.ª María de las Nieves (a) D.ª Blanca. Después de tres días de una defensa heroica, se rindió.

Los carlistas penetraron en la ciudad al toque de degüello, cometiendo toda clase de atentados, dando gritos y exclamando: «¡Para nadie hay cuartel!»

Las puertas de las casas fueron destrozadas á tiros y hachazo; los muebles arrojados por ventanas y balcones; las alhajas y el dinero, arrebatados á golpes, ocultábanlas inmediatamente los ladrones en sus fajas y morrales; las provisiones de las despensas eran devoradas, y después de ahitos destrozaban por gusto las que restaban y desfondaban los toneles; apoderábanse de la ropa blanca y se la ponían, dejando en cambio á los robados sus harapos llenos de sangre y parásitos; rompían en los casinos espejos, mesas y botellas, y en los templos robaban las imágenes en nombre de la religión que aclamaban, llevándose un costoso pectoral de Jesús de piedras preciosas, dos mantos de terciopelo de San Juan, y una corona, rosarios y diadema de pesada plata de la Virgen del Puente. Tres días duró el saqueo, pues los jefes carlistas, en vez de contener á la chusma, sólo se ocupaban en buscar dinero.

Insultos, golpes y asesinatos eran el acompañamiento de hazañas tan heroicas. Los mismos carlistas se robaban unos á otros. Cambiaban entre sí por objetos de campaña los relojes, cubiertos y sortijas recién robados, ó los vendían por insignificantes cantidades á las beatas más ó menos jóvenes y prostituidas que los acompañaban, animándoles en su rapiña y atropellos.

Hav que pasar por alto los atentados al pudor, las infames violaciones... Sería cruel consignar aquellos crímenes sobre los cuales las infelices víctimas guardaron un silencio que debe respetarse.

Mezclados con una turba de beatas desarrapadas, invadieron los carlistas el Instituto, y en su odio á los centros de enseñanza, incendiaron el mobiliario de las aulas, desgarraron los libros de la Biblioteca, arrojaron por la ventana los objetos coleccionados en los gabinetes de Historia Natural y Geografía, y en el gabinete de Física se ensañaron con los aparatos eléctricos, rompiéndolos á culatazos, pateándolos y gritando con estúpida convicción: «rompamos esto que sirve para dar los partes al gobierno».

Una de sus primeras víctimas fué el comandante de la reserva D. Enrique Escobar. Se hallaba enfermo en su casa, cuando penetró en ella una turba desenfrenada que, después de asestarle multitud de bayonetazos le arrojó por el balcón, pisoteándole y escarneciéndole, sin atender las súplicas de su infeliz madre que le estrechaba entre sus brazos sin poder evitar que le pinchasen y le hirieran, hasta que por fin la derribaron, hiriéndola en un brazo.

Acaba de caer el cadáver á la calle cuando pasó por allí D.ª Blanca; contempló con feroz sonrisa el inanimado cuerpo, y después hizo pasar su caballo varias veces sobre él, gozándose en destrozar sus restos. La canalla lo celebraba con risotadas y aplausos.

Divididos en grupos marchaban los facciosos por las calles, entraban en las casas so pretexto de buscar armas, las saqueaban, violaban á las mujeres y apaleaban á los niños.

A la una de la noche obligaron á todos los habitantes no carlistas á demoler las fortificaciones; los que, poco acostumbrados, no sabían manejar el pico, eran degollados al pie de las murallas.

La población, aterrada por tales horrores y viendo que seguían los fusilamientos contra seres indefensos, convino en que una comisión de señoras se acercase con el clero á la catedral, donde los titulados principes se hallaban recibiendo la comunión de manos del obispo;

para suplicarles que cesaran los fusilamientos y se rebajara la cuota de dos millones de contribución que habían impuesto. La súplica obtuvo esta respuesta: «que los soldados carlistas necesitaban un rato de expansión».

Aquel día se publicó un bando prometiendo indulto á cuantos voluntarios se presentaran en el término de siete horas; los que cayeron en el lazo fueron presos en el claustro de la catedral.

Mataron en su casa á un alpargatero en presencia de su mujer y de sus hijos. Al interponerse recibió ella un sablazo en la mano; y obedeciendo una orden feroz, la infeliz fué obligada á echar por la ventana los sesos de su esposo.

También dieron muerte á un alguacil del ayuntamiento traspasándole el pecho con una bayoneta; los asesinos se relan al ver los borbotones de sangre que salían de las heridas.

Otro grupo de asesinos penetró en una casa donde se hallaba un joven de 18 años postrado con viruelas, y porque no se levantó tan pronto como se lo ordenaron, le dieron muerte en los brazos de su madre.

Un infeliz idiota llamado Anico de la Ventosa, y que vivía de pedir limosna, fué destrozado porque á una beata se le ocurrió decir que era liberal.

Un inofensivo vendedor de frutas, de quien se sospechaba haber tomado parte en la defensa de la ciudad, fué arrastrado por varias calles; le mutilaron, lo ensartaron con las bayonetas, y todavía vivo, junto al cuartel de San Francisco le rociaron la cara con petróleo y le prendieron fuego.

Degollaron á un zapatero, y después, con infernal refinamiento, llevaron como recuerdo un pañuelo tinto en su sangre á la infeliz viuda y cinco hijos pequeños.

A un empleado de orden público le cortaron la cabeza, y después presentaron á su esposa el mismo sable que sirvió para la decapitación, queriendo obligarla á que besase la hoja teñida en sangre. Se resistió, y de un golpe le cortaron los labios.

A un pobre cartero lo ataron en las inmediaciones de la puerta del Postigo, le pincharon, le cubrieron de heridas, y cuando el infeliz agonizaba, una beata de las que acompañaban del brazo á los verdugos le lavó la cara con un pepino, lo que celebraron los bandidos.

Por asesinar, hasta asesinaron á dos carlistas, al uno porque no abrió pronto la puerta de su casa, al otro por negarse á cargar con un cadáver. Al jefe del partido en Cuenca le abrieron la cabeza de un sablazo.

Los asesinatos no les impedían cometer otras hazañas criminales: incendiaron el Gobierno civil, los archivos de la Diputación, Tesorería y Hacienda, la Plaza de toros, con varias casas vecinas, y muchos edificios en la carretera y barrio del Castillo.

Un detalle que retrata á tales bárbaros. En la Plaza de toros se apoderaron de varios fajos de banderillas de fuego y se las clavaron á los caballos que por enfermos ó débiles habían desechado. Los pobres animales, enloquecidos por el dolor y las quemaduras en el lomo, corrían locos por las calles, con grande algazara de los católicos de boina.

En medio de tantos horrores salieron los titulados infantiles á recorrer las calles entre músicas y banderas. D. Blanca iba á caballo con una bandera en la mano y conduciendo prisionero al brigadier Iglesias, gobernador militar de la ciudad.

Se impuso á Cuenca un millón de reales de contribución, recaudando 776 637; robaron de los fondos de la Caja provincial 82.700 pesetas en bonos del Tesoro, un libramiento en suspenso y metálico; en la delegación del Banco, 95.000; en Tesorería en metálico, 20.000, en pagarés de bienes nominales 480.000 y en valores de la Caja de depósitos 20.000.

¡Qué días de horror aquellos! Nada se respetó. La snectud fué atropellada; el puñal se hundió en los pechos de todo ser indefenso que encontraban; las mujeres de cualquier edad, ante sus hijos, padres ó esposos eran voladas, luego degolladas, ó hacían que á la fuerza arrojasen por sí mismas á la calle el palpitante cadáver de sus pequeños, los destrozados miembros de sus esposos.

El mismo obispo Sr. Pavá fué insultado porque accedió en su palacio á varios voluntarios que cuando entraron las facciones no tuvieron tiempo de esconderse en otra parte.

Además de la comisión de señoras, otra del ayuntamiento visitó á los titulados infantiles para mostrarles que cesaran aquellos horrores, sin resultado alguno; al entrar en el palacio, vió el obispo en la banqueta del portero aguardando á que los miserables aquéllos se recibieran. El obispo le dijo á uno de los concejales que le dirigió la palabra: «Aer se buscaba mi protección. Hoy la necesito yo.»

Cuando les habló y se enteraron de que había ido á robarles que se conservase la vida de los prisioneros, la tía aquella le contestó clemente: «D gracias á Dios porque no hacemos contigo lo mismo que con ellos», á lo que Payá, poniendo término á sus gestiones intructuosas, y con tono de enérgica censura, contestó: «¡De ese modo, señora, ni se conquistan tronos en la tierra, ni coronas para el cielo!», frase hermosa y valiente que ha quedado en la historia para oprobio de la cuadrilla de criminales que se llama carlistas.

La que de esta manera trataba á un elevado ministro del Señor, la que hacía pasar su caballo por cima de un Comandante muribundo, no era de esperar que se condoliera al oír los ruegos que con

palabras dulces y acento tembloroso la dirigían, enlutadas y entristecidas, las señoras de la población, al conseguir llegar á su presencia. Si algo faltaba que completase el carácter de esta mujer, sin sentimientos, si alguna pincelada faltaba á su retrato, ella misma la da en la frase que desahucia á la comisión del bello sexo: «Mis soldados necesitan un poco de expansión.» Palabras célebres que revelan la carencia absoluta de lo que más enaltece y eleva á la mujer; el corazón magnánimo, la nobleza de alma. Palabras involuntarias que hirieron los delicados sentimientos de las personas á quienes se dirigían, y que les hicieron exclamar con acertado juicio. «¡Esta no es una mujer, es una hiena!»

El último día que estuvieron en Cuenca, dióse orden de que todos aquellos que desearan indulto y no fuesen considerados como prisioneros, se presentaran en la catedral antes del término de cuatro horas, transcurridas las cuales serían pasados por las armas cuantos se encontrasen en los registros domiciliarios que al efecto se iban á practicar.

En vista de esto acudieron á los claustros de la catedral multitud de individuos, los que, formados de dos en dos y en medio de bayonetas, fueron sacados y conducidos á la plaza, animando con sendos culatazos á los que volvían la vista atrás.

Después de pasar D. Alfonso revista á sus fuerzas, éstas desfilaron y detrás los prisioneros, yendo á retaguardia algunos batallones.

Los prisioneros abrigaban la esperanza de que el cabecilla Monet, que había estado en Cuenca de comandante de la Guardia civil, los trataría con benevolencia, pero su ánimo decayó cuando éste les dijo, «que si alguno se desmandaba ó trataba de huir, sería despachado al otro mundo de un balazo.»

Comenzó la marcha, donde sufrieron toda clase de vejámenes. A pie, sin dejar montar á los que, no acostumbrados, llevaban los pies chorreando sangre; sin permitirles beber para calmar la sed abrasadora que sentían ni menos llevar á la boca un pedazo de pan, eran muertos á bayonetazos ó á tiros; muchos hubo que, no pudiendo dar un paso más, se dejaban caer en el suelo prefiriendo morir á sobrellevar por más tiempo tan cruento martirio: uno de ellos fué D. Lorenzo Vela, que murió después de haber sido llevado en hombros durante mucho tiempo por su cuñado D. Ramón Torralba. Cinco voluntarios, por no poder andar, fueron asesinados en el camino.

Salen del pueblo muy de madrugada y llegan á Salvacañete á las once, siendo alojados en la iglesia y Posada de la plaza.

No había pasado una hora desde que los prisioneros fueron encerrados, cuando la agitación que notan en la plaza les indica que sucede algo extraordinario. Los infelices, en su desesperada situación y angustioso estado, piensan si serán preparativos para fusilarlos.

A poco los disparos de fusil, el toque

de cornetas, los carlistas que corren por los pinares inmediatos, les hace cambiar de opinión y truecan en alborozo y alegría su abatimiento y tristeza.

Y era que las fuerzas del general López Pinto se acercaban, y que á los primeros disparos de los guerrilleros los carlistas emprendieron la fuga.

El coronel Lasso entra en la plaza á la carrera, revólver en mano, seguido de su corneta de órdenes, y tan pronto como sus paisanos le conocen, corren á estrecharlo entre sus brazos, confundiendo libertador y libertados entre expansiones de amistad y gratitud.

Los 700 prisioneros fueron desde aquel momento libres; los militares y paisanos que pudieron continuar se agregaron á la columna; algunos, deseosos de abrazar á sus familias, ya que habían escapado de una muerte casi cierta, regresaron á sus casas, sin cuidarse del peligro de encontrar carlistas en el camino.

Al salir de la Cierva donde pasaron la noche, comiendo pequeños trozos de pan negro y encerrados parte en la iglesia y parte en el Ayuntamiento, salen en dirección á Cañete, por tortuosas y accidentadas sendas, llegan á las dos de la tarde, se les encierra en la cárcel y se les suministra un poco de pan y carne frita.

A cosa de las doce de la noche penetran en su encierro los carlistas, los hacen salir á golpes, y emprenden de nuevo la marcha por un camino escabroso, que ofrece infinitos tropiezos en medio de la oscuridad, y más á seres débiles y de ánimo muy decaído.

Tan precipitada salida tiene todos los síntomas de fuga; es que no están muy lejos las tropas del Gobierno. Llegan á las diez del siguiente día á un pueblo inmediato, á Salvacañete, tocan después en Zafrilla, y van á hacer noche al Vallecillo. El párroco de este pueblo, cuando entran los prisioneros, aconseja desafortunadamente á sus guardianes «que los cuelguen de los pinos para que no sirvan de estorbo.»

Como se ve, los horrores del saqueo de Cuenca fueron superados por los que sufrieron los prisioneros que no tuvieron la suerte de ser salvados en Salvacañete por el entonces coronel D. José Lasso. Maltratados á cada instante, muertos de sed y rechazados á culatazos cuando trataron de beber en el río Moscas, caminando casi descalzos por terrenos pedregosos, rendidos del calor y la fatiga, viendo á los cinco voluntarios de que he hablado asesinados en el camino, sólo así se explica que al llegar á Cañete, desesperados, se negaran á seguir adelante; pidiendo que los fusilaran allí. ¡Qué no sufrirían, cuando hasta los mismos carlistas hijos de Cuenca intercedieron por ellos!

Aun cuando el carlismo sólo tuviera el saqueo de Cuenca en las páginas sangrientas de su criminal historia, él bastaría para calificarle de horda de violadores, ladrones y asesinos, y para justificar cualquiera medida, por dura que fuese, que tomaran los gobiernos liberales para exterminarlo.

CUADRO de algunos de los asesinatos cometidos por los carlistas durante su permanencia en Cuenca

S	EDAD	ESTADO	PROFESION	CIRCUNSTANCIAS ESPECIALES DE SU MUERTE
Anselmo Salas Sanz	54	Casado.—Tenia tres hijos.	Cesante.	Muerto en el sitio conocido por la Alameda.
Anico «el de la Ventosa»	40	Soltero.	Mendigo.	Infeliz idiota, asesinado á pretexto de que habia da lo muerte á un capitán de zuavos.
Antonio Benítez Gascon	60	Viudo.—Tres hijos.	Portero de Hacienda.	Libe al defensor de la plaza hasta que lo asesinaron en su misma oficina.
Bernardo García Abejar	35	Casado.	Zapatero.	Voluntario: muerto en el Barrio del Castillo, y arrojado á un peñasco en su agonía.
Enrique Escobar Valdeolivas . .	50	Viudo.	Comandante retirado.	Muerto bárbaramente en su casa. Ya cadáver lo arrojan por un balcón, y su anciana madre es herida al tratar de impedirlo.
Eusebio Rodrigo Algarra	38	Soltero.	Sillero.	Había pertenecido á la ficción, y reconocido fué maltratado y de pués muerto.
Francisco Solaz Navarret	50	Casado.—Cuatro hijos.	Bañolero.	Voluntario: defensor en la calle de la Moneda; preso á instancias de un malvado que contribuyó á varias desgracias. fué muerto y su esposa cruelmente maltratada.
Félix Gómez Calleja	65	Casado.—Tres hijos.	Jornalero.	Asesinado en su casa á presencia de su mujer, por encontrarlo turbado y suponerlo «Cipayo».
Gerónimo Bastellers Marco . . .	50	Casado.—Dos hijos.	Jornalero.	Voluntario y prisionero: hallándose enfermo y no pudiendo continuar la marcha, concluyeron con su vida en el caserío de la Mota.
Inocente Cornago Barrios	25	Soltero.	Veterinario.	Voluntario: viru ento fué sacado de la cama y muerto en los brazos de su madre, á quien los asesinos horrieron en una mano.
Isidoro Redondo Mellado	40	Casado.—Cuatro hijos.	Cartero.	Voluntario: maniatado por algunos carlistas es asesinado á instancias de una mujer que le acusaba de haber dejado de entregarle algunas cartas.
José Giménez Collado	50	Casado.—Tres hijos.	Recaudador de Consumos	Voluntario: herido, fué fusilado en término de la Cañada del Hoyo, tres leguas de la capital.
José Antonio García	40		Peón caminero.	Defensor, paseado, exánime, por las calles y fusilado en la bajada á la Ermita de las Angustias.
Juan García Almonacid	35	Casado.—Cuatro hijos.	Albañil.	Defensor, asesinado por una turba á instancias de un carlista de la ciudad.
Jorge Martín Muñoz	45	Casado.	Guarnicionero.	Valiente defensor de la Puerta del Instituto, preso al salir del Gobierno civil; calenturiento lo pasean por las calles, y lo fusilan en la bajada á la Ermita de las Angustias.
Joaquín Recuenco Mayordomo . .	55	Viudo.—Dos hijos.	Cesante.	Liberal, lo asesinan á bayonetazos en término de Zafrilla, por no poder continuar la marcha.
Lorenzo de Vela Pérez	35	Soltero.	Empleado.	Voluntario: enferma y pierde el conocimiento en la marcha, muriendo en la Cañada del Hoyo.
Modesto Tortija Barambio . . .	35	Casado.	Tabernero.	Muerto á pinchazos por las calles de la ciudad, á pretexto de que habia quita lo la vida á dos zuavos que tenia alojados en su casa.
Marcelino Ramos Moya	50	Casado.	Portero del Gobierno.	Voluntario: refugiado en el Seminario es en él asesinado.
Marcos Rasos Ugena	40	Casado.—Tres hijos.	Herrero.	Carlita pacifico muerto en la puerta del Postigo, por negarse á recoger un cadáver.
Miguel Megía Martínez	23	Soltero.	Zapatero.	Estudiante liberal huye por las alturas de la Hoz del Hecar y cue de lo alto de un peñasco; lo colocan de pie y lo fusilan desp jándole completamente de sus ropas.
Mauricio Ojeda Palomo	30	Soltero.	Jornalero.	Voluntario y prisionero, asesinado en término de la Cierva por no poder continuar la marcha.
Mariano Martínez Sanz	40	Casado.	Cesante.	Prisionero y muerto en término de la Cañada del Hoyo, á tres leguas de la capital.
Miguel Martínez Ballesteros . .	70	Viudo.	Panadero.	Conocido por carlista.
Manuel Almonacid Saiz	40	Casado.—Tres hijos.	Tejedor.	Muerto por una bala al asomarse á sus ventanas para ver si iba en las facciones un hijo suyo.
Marcos Delgado	50	Casado.	Garbancero.	Conocido por carlista; es asesinado porque no abre pronto la puerta de su casa.
Mariano Castellanos Recuenco .	25	Casado.	Empleado de Consumos.	Voluntario: hecho prisionero y fusilado en el barrio del Castillo.
Nicolás Pérez Ceballos	60	Casado.—Tres hijos.	Agente de orden público.	Ocupa en una habitación contigua á su morada y descubierta, es atado, sacado á la calle y á corta distancia de su casa, muerto.
Pedro Díez Escamilla	40	Casado.—Tres hijos.	Alpargatero.	Voluntario: lo matan á bayonetazos al encor trarlo en los desvanes de su casa herido; su cadáver es destrozado y herida y maltratada su esposa que lucha por impedirlo.
Plácido Palomino Vergara . . .	60	Casado.—Dos hijos.	Sastre.	Voluntario: acribillado á bayonetazos en término de la Cierva, por no poder continuar la marcha.
Perfecto Sta. Cruz Ramirez . . .	50	Casado.—Seis hijos.	Empleado.	Alferez de voluntarios: pierde el conocimiento y es fusilado en término de Cañada del Hoyo.
Rufino Funes	60	Soltero.	Jornalero.	Excl u trado carlista: prisionero, lo matan en la marcha, término de la Cierva.
Ramón González Panuso	68	Casado.	Militar retirado.	Muerto por republicano, á espaldas de la calle de Madre eras.
Román Alcolea	45	Casado.—Cuatro hijos.	Zapatero.	Después de llevar un pri re, es asesinado á su regreso en la carretera de Valencia.
Saturnino Martínez Calleja . . .	35	Casado.—Cinco hijos.	Zapatero.	Voluntario: lesco ibierto al asomar á una galería de la casa en que se ocultaba, le cois paran desde la calle y lo bajan agonizante, concluyendo con su vida y despojándolo de ropas.
Tomás Sepúlveda Martínez . . .	28	Casado.—Un hijo.	Esquilador.	Voluntario: se arrojó en la retirada por un peñasco y lo cogieron y asesinaron á pedradas.
Victoriano León Corcenado . . .	47	Casado.—Seis hijos.	Aguacil.	Voluntario: regresando de entregar un parte oficial á Villalain lo reconoce una turba carlista de la poblacion, lo pasan á bayonetazos y arrastran en su agonía.
Un desconocido	25 á 30			Vestía pantalón y levita de lanilla; hallado muerto dentro de la fortificación.

A D. JUAN LAGUARDA

Obispo de Barcelona

Con motivo del asesinato cometido por los carlistas en Granollers, ha afirmado usted que la Iglesia no tiene partido político alguno.

Y como no lo creo á V. capaz de mentir, por ser obispo, y saber, por tanto:

Que la *mentira* se llama en moral, pecado; en justicia, falsedad; entre honrados, felonía;

Y que cuando se profiere en nombre de Dios, se llama sacrilegio, blasfemia y calumnia contra Dios;

Y que cuando el que la lanza juró antes decir verdad, es calificada de perjurio por la justicia penal;

Y que cuando el mentiroso cobra del Estado por predicar la verdad, se llama defraudación; y estafa si de la mentira saca provecho; y fariseísmo si la pronuncia con celo fingido;

Y que cuando la mentira sirve para inducir á otros á creer en personas ó actos milvados, se llama seducción ó impostura...

Por todo esto, y por saber yo á mi vez que usted sabe todo esto, afirmo: que al decir aquello de que la *Iglesia* no tiene partido, no manchó usted su conciencia con una mentira, sino que expresó una convicción profunda; convicción formada, mantenida y conservada por la ignorancia (perdóneme usted el empleo imprescindible de esta palabra), en que suelen vivir generalmente aquellos que se preocupan más de los intereses del cielo, que de las cosas que ocurren en la tierra.

Y como una de las obras de misericordia, indudablemente la más alta, es la de enseñar al que no sabe, ruego á usted, señor obispo, que me perdone el atrevimiento de darle á conocer algo de lo mucho parecido que ocurrió en España desde el 3 de Octubre á fin de Diciembre de 1833, copiando los relatos de la *Gaceta Oficial* para que los repunte usted más auténticos.

Y si después de haberlos leído, se dignara usted rectificar aquella su aseveración y reconocer que la Iglesia tiene en España un partido, que es el carlista, le quedarían muy reconocidas y obligadas la Verdad, la Imparcialidad, la Justicia, y este su atento servidor

q. s. m. b.

JOSÉ NAKENS

La primera guerra

El 29 de Septiembre de 1833 murió Fernando VII, y el 3 de Octubre estalló la insurrección. No quisieron los carlistas aguardar siquiera á que se enfriase el cadáver.

Para dar una idea de lo minado que tenían el terreno (como ahora); el apoyo

que les prestaba el clero (como ahora); la ferocidad de que estaban poseídos (como ahora), no he ido solamente á buscar datos en los historiadores que de la guerra tratan y que suelen desdeñar por insignificantes los más preciosos; los he buscado con preferencia en la Prensa, sobre todo en la *Gaceta oficial* donde al pormenor se relatan los hechos; trabajo que estimo de gran utilidad para que, no sólo se disculpe, que eso es poco, sino que se justifique el que más tarde, cansado el pueblo de ser vendido, se permitiese el modesto desahogo de eliminar unos cuantos frailes de aquéllos que tan descaradamente le escarnecían, le robaban y le asesinaban.

Y dicho esto, empiezo, señor obispo, á copiar noticias de la *Gaceta*.

OCTUBRE DE 1833

Día 2.—El superintendente general de policía de Madrid tuvo noticia, y así lo comunicó al gobierno, de que «*varios conventos de monjas, á pesar de su pobreza, contribuyen con su contingente á sostener la rebelión facciosa.*»

3 Octubre.—El P. Negrete, capuchino, contriuye poderosamente al levantamiento de Vizcaya.

Idem.—El cura Merino, célebre por su heroicidad en la guerra de la Independencia, comienza á reunir fuerzas carlistas en la provincia de Burgos.

4 Octubre.—Fray Perales, dominico, pronuncia en Jerez de la Frontera un sermón feribundo en favor de D. Carlos, al anunciar la muerte de Fernando VII.

—El *canónigo* de Burgos, D. Juan Miguel de Echevarría, se pone al frente de los batallones realistas de Trias.

—Véase, por la narración que hizo la Diputación general de Vizcaya, cómo inauguraron los carlistas la guerra:

«Se abstiene la Diputación de bosquejar el horroroso cuadro que ofrecían unos foragidos que ansiaban por asesinar á sus magistrados y funcionarios superiores... Toda la clase propietaria y mercantil de la villa de Bilbao se ha visto ultrajada por una parte del populacho, que por los medios más violentos ha exigido cerca de TRES MILLONES de reales, después de haberse apoderado de cuantos fondos existían de las cajas públicas.»

«Es bien sensible tener que manifestar que el clero secular y regular se ha valido de todo el influjo que le presta su sagrado ministerio, abusando de la manera más escandalosa del campo y de los artesanos... Los vizcainos armados obran sólo por el impulso de los *eclesiásticos*; de sencillos los han convertido en fanáticos.

«Parece increíble que los religiosos del orden de San Francisco se hubiesen diseminado por toda la población rústica, incitándola á la rebelión con las más groseras imputaciones, y que después de haber convertido en arsenal su convento y

fabricando con sus propias manos más de dos millones de cartuchos, se hallen muchos de estos mendicantes entre los rebeldes con las armas en la mano.»

Día 19.—El prior del cabildo eclesiástico de Roncesvalles entrega al cabecilla Erasos dos mil duros de la corporación para el servicio de D. Carlos.

Día 20.—Entra la facción del cura Merino en el Burgo de Osma y roba cerca de un millón de reales, pólvora y caballos.

Día 21.—Dijo al gobierno el superintendente general de policía:

«Los realistas, seducidos por sus jefes y comprados con el oro que prodigaban los conventos, trataban de salir de Madrid; que se nota la falta de muchos religiosos de los conventos de esta corte, y que, según noticias, los frailes de Bilbao eran los empleados en hacer cartuchos para las facciones, siendo todos los individuos del clero secular y regular de aquella provincia los más frenéticos para conmover el país.

«El clero de Burgos era el que sostenía el espíritu de rebelión en la provincia. Los *canónigos* fugidos de la ciudad eran los jefes de las Juntas facciosas de Belorado, Encanollas, San Millán de la Cogulla y Santo Domingo de Silos. El clero era el intermediario para todas las comunicaciones de las partidas.»

Día 22.—En la acción sostenida contra la facción de Lardizábal, iban en este cuarenta y cinco curas párrocos, y en el botín que abandonaron en la huida se recogieron casullas, sotanas y otros objetos de culto y vestuario.

Día 23.—El cura Merino y demás cabecillas pesaron una circular para que se robasen todos los caballos, imponiendo pena de muerte á los que diesen cuenta de ello.

—En la Memoria presentada por el Ayuntamiento de Santander sobre los sucesos carlistas de dicha capital, se lee:

«Algunos eclesiásticos cambiaron la estola por el sable, y con el Cristo en una mano y el puñal en la otra, provocaban á nombre de Dios á la sedición y el desorden, sin que por desgracia hubiere quien castigara estos excesos de un modo ejemplar...»

—Los curas de Santo Domingo de la Calzada facilitaron cuarenta caballos á la facción de Cuevillas, que se llevó de los municipales veinte mil duros.

Día 26.—Extracto de los datos a liquidados por el comandante general de Cuenca sobre los trabajos de la Junta carlista de aquella provincia:

«El obispo, por su oferta, cincuenta mil reales y la pastoral comunicada á los curas, que tienen dos mil seiscientos ochenta armados en la provincia.

«Los concurrentes á estas juntas en que se recolectaban hombres y dinero

para la causa de de D. Carlos, eran los *canónigos* Batanero, Salazar, Gamboa, Cortés, Perdiguero, Peral, Trúpita, Vela, el *maestre escuela* Galíndez, *Doctoral*, *Provisor*, *Magistral*, *Dean*, *Arcediano*, *Penitenciario*, el padre Felipe Castro, el cura que fué de Sisante y el *Abad* de Santiago.» (Comunicación del capitán general de Castilla la Nueva al Gobierno en 26 de Octubre de 1833.)

Día 28.—El jefe de policía de Madrid al gobierno:

«Todos los partes hacen mención de un suceso, el más criminal y escandaloso que puede imaginarse, y es que en la tarde del 27 se vieron salir tiros de las ventanas del convento de Santo Tomas. Alguno asegura haber sucedido lo mismo en el de San Felipe, y es común la opinión de que en San Francisco hay muchos realistas refugiados, que hasta los frailes los visten para hacerlos salir de Madrid; y que tanto en este convento como en los dos que quedan mencionados y en el de la Merced, además de los realistas que tienen escondidos, se encuentran depósitos de armas.»

Idem.—«Ayer hubo una gran reunión de carlistas en el Noviciado de los Jesuitas. Se trató en ella de levantar los barrios sobornando la guarnición y asesinar á las personas que están á la cabeza del gobierno al entrar ó salir de sus casas, y escribir á los diocesanos para que el levantamiento fuese simultáneo.»

NOVIEMBRE

Día 4.—La policía vió cartas en las que se decía que el clero de Valladolid estaba en muy mal sentido contra la regente Cristina.

Idem.—En el parte de la policía de Madrid al gobierno se encuentra una noticia curiosa; esta:

«En las tabernas de los barrios bajos no se habla de otra cosa que de la aparición de Fernando VII en el Escorial, con cuyo motivo se profieren expresiones indecorosas á la majestad, y parece no cabe duda que esta voz habrá nacido de la mala fe de algunos de los habitantes del Escorial.» (Los frailes).

Idem.—El comisionado especial de la policía de la Mancha pide el relevo del corregidor en Ciudad Real, pues «el actual no parece en estas circunstancias ni sirve para el caso; así como los del intendente y el auxiliar de correos. Todos estos sujetos y los frailes y clérigos propagan las noticias más desbaratadas y falsas, abultan el número de los fiescosos de las Vascas ngadas, suponen gruesas partidas donde ninguna existe, y aún hacen creer á la gente que van á desembarcar rusos. En fin, es un escándalo lo que pasa.»

—En Infantes es de necesidad sacar al vicario por lo pronto, pues es un verdadero energúmeno, centro de toda la conspiración de la Mancha Alta.»

—El capitán general de Castilla la Veja pone en conocimiento del gobierno que ninguno de los muchos curas que ha-

bía en León quiso encargarse de predicar la oración fúnebre en las exequias de Fernando VII.

Día 6.—En la acción de Mieres cayeron heridos seis curas.

—La mayor parte de los oficiales de la facción Villalobos eran curas.

Día 8.—Recibe Cristina una denuncia sobre la conducta sediciosa del cura párroco de Narros, provincia de Sgovia, incitando á la rebelión á sus feligreses. A la mesnara del pueblo se la acusa de haber instigado á su hijo para que fuese á reunirse con la facción que está formando el tal párroco.

Idem.—Fué preso D. Félix Cómez, capellán del obispo de Calahorra, por haberse interceptado en el correo varias cartas dirigidas á él, conteniendo programas y folletos carlistas.

Día 9.—El capitán general de Cataluña comunica al gobierno:

«Que el arzobispo de Tarragona anuncia á sus diocesanos que, aunque la autoridad pública desarme sus brazos, no desarmará sus corazones, y A LA IRA Y RENCOR quedarán todavía demasiados medios de venganza.»

«No sé qué me haya admirado más: si la incorregible desafección de dicho prelado, ó el haber visto en la Gaceta de esta capital, bien que no en artículo de oficio, citada con elogio una pastoral que abre nuevos medios de venganza cuando se arrancan las armas á los desleales.»

«Son repetidas las exposiciones que he elevado acerca del mencionado arzobispo y del obispo de Tortosa; en el ministerio de Gracia y Justicia quedan sin resultado alguno.»

Día 15.—El general Pastors comunica que aquella ciudad está en muy mal sentido por causa de los eclesiásticos, y particularmente del dián.

Idem.—Talavera encierra en su seno algunos individuos que con el mayor descaro manifiestan su odio y mala voluntad... Entre ellos sobresale el magistral de aquella colegiata y un monje de San Jerónimo. (Carta de D. Luis Bassetcourt, publicada en los Factos Españoles.)

Día 16.—De la junta carlista de Alcañiz formaban parte el guardián del convento de San Francisco y varios eclesiásticos, entre ellos el prior de San Agustín. Esta junta se apoderó de todo el trigo de los particulares, encerrándolo en la plaza.

—En la acción de Hernani, entre la facción Castañón y las fuerzas del general Jáuregui, quedaron muertos varios presbíteros, según el parte oficial.

—Los confidentes que el capitán general de Extremadura tenía en el campo carlista, dieron noticia de haber D. Carlos recibido á un francés, emisario suyo que fué á Valladolid para tratar con varios prelados, religiosos y con el general D. José O'Donnell, que se excusó por sus achaques. Que no tenía la mayor con-

fianza con el obispo de Zamora y el cabildo eclesiástico con sus dependientes, que eran casi la mayoría de los habitantes, y en lo restante del clero y comunidades de todas las diócesis.

Día 17.—En la acción de Santa Barbara, en que fueron derrotados los carlistas por Jáuregui, murieron algunos clérigos que iban con la facción Larrañaga.

Día 19.—Levantán una partida carlista en Calatayud el cura de Brubierca, mosén Esteban Martínez y el cura Jerónimo Perales (a) Ramplín.

Idem.—El comandante de armas de Soria, D. José Cistué, sorprende en el pueblo de Esteras la facción que salió de Calatayud capitaneada por Mosén Esteban Martínez, cura de Brubierca y mosén Gerónimo Perales (a) Ramplín.

Idem.—Una gavilla de estos salteadores formada en Valencia de Alcántara sorprendió el pueblo de Pino, «causando á sus habitantes, dice el parte oficial, infinitos vejámenes de robos y heridos». Estos mismos robaron todas las armas que había en Majadas del Se mo. La Junta carlista allí formada la compraban un canónigo, dos presbíteros y tres frailes, en unión de otras tantas personas.

Idem.—El capitán general de Castilla la Nueva dirige al gobierno varias observaciones acerca del «mal espíritu de casi todos los corregidores y alcaldes de la provincia de Madrid» —«El clero, dice, se ha declarado abiertamente contra los derechos de D. Isabel, valiéndose de cuantos medios están á su alcance para amortiguar el espíritu público, ya con su inercia, ya con su predicación, y la deserción de los soldados es probablemente obra de algunos curas y frailes».

Idem.—Prenden en Madrid á tres lanceros que, seducidos por los agentes carlistas, estaban escondidos para marcharse con la facción en el convento de Rivas. Al dar este parte el superintendente de policía al gobierno, dice que le constaba por diferentes conductos que el prior de aquel convento era muy malo. También fué preso.

Día 23.—El capitán general de Castilla la Nueva al gobierno:

«También se servirá V. E. llamar la atención de Su Majestad sobre la necesidad de adoptar lo que fuese de su real agrado para cortar de raíz los males que tanto en Molina como en las demás poblaciones, están por desgracia causando varios individuos del clero regular y secular, inclinanco á la rebelión con sus consejos y haciendo propagar la guerra civil y la desolación de los pueblos y las familias, de que hay ya pruebas en las facciones.

—En otro oficio pasado por el capitán general de Galicia al arzobispo y obispo de aquel reino, se lee:

«Por desgracia se ha visto que los eclesiásticos, así seculares como regulares, de las provincias de Vizcaya y Burgos, con parte de la Rioja, son los que han pro-

movido la más escandalosa é inaudita rebelión.

—El mismo capitán general de Galicia, al dar cuenta al gobierno de dicho oficio, dice:

«Como según todas las noticias y la marcha del preteniente indicaban algún apoyo en dirigirse á la parte de la frontera de Galicia, cuyo rico y numeroso clero le es partidario..., he creído conveniente... etc.»

Idem.—El superintendente de policía manifestaba al gobierno «que en Palacio hay una multitud de empleados lesafectos á la reina, tan osados, que hasta en la misma cámara real tienen conversaciones subversivas»; y «que los alabarderos están casi todos dedicados á seducir á los coraceros y cazadores de la Guardia, á quienes *echan en cara que después de recibir 40 reales que se les dieron (por los frailes)* como señal de lo que habrían de recibir, nada hacían ahora».

Idem.—Cae prisionero en Medina el *canónigo Echevarría*, que se decía brigadier, con 500 ó 600 hombres provistos de banderas, cajas de guerra, 300 fusiles y 30 caballos.

Día 24.—El asesor de justicia de Vinaroz, participa que se toleraba la titulada Junta suprema de aquella localidad, compuesta de *eclesiástico: frailes y particulares*, establecida y declarada contra la reina.

Idem.—A las doce de la mañana se sublevan de improviso los carlistas de Orihuela, y al tiempo de entrar la tropa en misa hacen una descarga á traición, matando é hiriendo á varios soldados.

Día 27.—Una partida de seiscientos hombres, mandada por el barón de Herbés, recorre los pueblos de Aragón, Iglesia y otros varios, robando caballos, dinero, pólvora y todo lo que encontraban. En ella iban *dos curas*.

—La que mandaba el cabecilla Montañés y en que iban *cuatro curas*, sorprendió al Ayuntamiento de Cretas, y pidió, bajo pena de la vida, todos los fondos reales, armamentos, municiones, caballos y dos mil duros en metálico. Robaron la caja del corredor público y se llevaron rehenes.

Día 28.—Registrados en la frontera francesa cinco fugitivos carlistas, entre ellos *tres frailes* que huían de Vitoria, se les encontró más de *millón y medio* de reales. Fueron presos y conducidos á Bayona.

Día 29.—En el pueblo de Torre del Mar, piden las tropas al *cura* de este pueblo y *al de Quintanilla*, que formaban parte de la facción del *cura* Merino.

Curiosas noticias adquiridas y comunicadas al gobierno por D. Pío Rodríguez de Vera, sobre el estado de las provincias Vascongadas:

1.º ¿Cuál es el número de facciosos armados en las tres provincias? *Todos los*

batallones de voluntarios realistas con la misma fuerza y pie de organización que tenían antes de estallar la insurrección. Además tienen en Bilbao unos cuarenta caballos *robados* á los particulares y á las paradas de posta; en Guipúzcoa algunas partidas mandadas por *curas y clérigos*.

2.º ¿Qué parte ha tomado el pueblo? El pueblo en Bilbao se mantuvo pasivo y á la expectativa, fuera sólo de los *realistas, los frailes y muchos clérigos*... La revolución ha sido hecha solamente por algunos realistas, por unos pocos particulares y *el cuerpo en general de eclesiásticos, seculares y regulares*.

3.º ¿Qué armamento y vestuario tienen? Todo el que tenían los cuerpos realistas y los fusiles que robaron en Vitoria. Treinta vestuarios completos, y segund fabricando los restantes en el taller que han establecido en el *convento de Santo Domingo*.

6.º ¿Tienen pólvora y municiones?... En el *convento de San Francisco* tienen fábrica de cartuchos, de donde han salido diferentes carretadas.

7.º ¿Tienen dinero? En Bilbao tenían en las cajas de la Diputación sobre un millón de reales, y además todos los fondos de correos, bulas y crédito público, que recogieron con premura. Se asegura también que *los conventos habían suministrado fuertes cantidades*.

9.º Las personas que se han puesto á la cabeza de la facción en unión con *la mayor parte de los frailes, curas y clérigos*, son el cuerpo de la revolución.

Así termina la relación de su viaje á España y regreso á Portugal, el agente de D. Carlos, Augusto de Saint Sylavin:

«El día 22 á las diez de la mañana, me hallaba cerca de Castro, pueblo situado á la orilla del Tormes. Mi guía era de parecer que esperásemos á la noche para pasar el río, y me propuso que me detuviese todo el día en un *monasterio de Bernardos*. Después supe que el *obispo de León* estaba allí hacía días disfrazado de monje y esperando ocasión favorable para pasar á Portugal á unirse con D. Carlos. Insté á mi guía á que fuésemos adelante, y en efecto, media hora después atravesamos el río: no tuve que arrepentirme de haber tomado esta resolución, porque cuatro horas más tarde, cada una de las barcas estaba ocupada por cincuenta hombres del ejército de Quesada. El monasterio que he dicho estaba á un tiro de fusil del río, y el comandante de la fuerza se alojó en él. *Los monjes* le convidaron á comer, y *el obispo de León* le preguntó á qué fin se tomaban tantas precauciones. Á fin de apoderarnos, contestó el comandante, de un coronel francés agente de D. Carlos, que ha entrado muchas veces en España, en donde se halla ahora precisamente; pero esta vez si que no se escapará.»

En efecto, se les escapó á pesar de tenerlo en su presencia, *protegido por los frailes*.

Es también notable por lo que dice y

por lo que significa este párrafo de una parte del capitán general de Guipúzcoa:

«Ahora que son las nueve de la mañana, recibo con satisfacción por los fugados de Vitoria, la noticia de que la aproximación del ejército ha causado un desorden horroroso en la población: que *los curas, agentes y frailes auxiliares* andan desordenados, *robando sus propios monasterios*...»

De otra exposición dirigida por los vecinos de Orihuela á Cristina:

«El *provisor* de Orihuela, canónigo y arcediano D. Juan Castañeda, ha criado á una sobrina que ahora se encuentra en Portugal sirviendo á la esposa de D. Carlos, y es carlista de primer orden.»

«*Las dignidades y canónigos* de Orihuela, excepto tres ó cuatro, tienen probada su afección decidida por D. Carlos.»

DICIEMBRE

Día 1.º—El capitán general de Guipúzcoa manifiesta al gobierno: «que la educación en las provincias vascas y los *manejos de todos los ministros de paz*, han hecho rebeldes y contumaces á todas las masas del común, á las cuales tienen muy fanatizadas.»

Día 2.—El subdelegado de policía de Avila da cuenta que en Cebreros se celebró el 29 de Noviembre una junta magna de carlistas, á la que concurrieron *los curas* de Navarredondilla, San Juan de la Nava, el *capellán arcipreste* de Hoyos de Plnarss y el *prior* de Guisando, para acordar la sublevación en favor de don Carlos.

Día 4.—Entre los fusilados en Burgos por consecuencia de los crímenes y acción de Torrelomar, estaba el *cura* beneficiado de dicha villa, D. Nicolás Moral.

Idem.—El vigilante de policía de la calle del Barquillo, participó á su superior que por la tarde vió salir del cuartel á un alabardero, y en compañía de otros tres individuos que le aguardaban, dirigirse al *convento* próximo, donde estuvieron cerca de una hora.

Día 5.—D. M. M., prior de la Colegial de Roa, diócesis de Oñza, manifiesta al gobierno que D. F. L., *racionero* de la misma, se reunió á la facción Merino, y que después de la derrota de éste en Villafranca, volvió á Roa, presentándose al Corregidor, y al día siguiente á coro, y celebrando desde entonces como antes la misa. «Desde luego—dice—no le hubiera dejado entrar, pero aquella población es la más enemiga de S. M. y peligrarla la vida del que expone si tal hiciera, motivo por el cual solicita la reserva, y asegura que no comunica esta noticia al gobierno de aquel obispado, porque el *canónigo* D. P. D. ha hecho lo mismo que el *racionero*, como también los *presbíteros* D. T. R. y D. F. C., excitando á la rebelión. Concluye diciendo que *del convento de religiosas* de Domus Dei, de

San Pedro Regalado de la Aguilera, á dos leguas de Roa, han salido para la facción *cuatro profesos y dos donados.*»

Idem.—En el Consejo de ministros, el de Gracia y Justicia leyó una representación de la Diputación de Vizcaya, señalando en ella como agentes principales del levantamiento de aquella provincia á los *individuos del clero*, y en particular á la *comunidad del convento de San Francisco* de Bilbao.

Día 6.—Escriben desde Ciempozuelos, y se hace público oficialmente, que habían llegado á aquella villa los *padres misioneros*, y que una de sus principales ocupaciones era extender noticias alarmantes en favor de la causa carlista.

El capitán general de Cataluña al gobierno:

«Siete cartas interceptadas escritas desde Cervera por un *lector de capuchinos* á los guardianes y otros religiosos de la misma orden de Granollers, Balsarení, Tortosa, Vich, Sabadell y Gerona, prueban la *ayuda que prestan los conventos y monasterios* á la insurrección carlista.»

A pesar de eso, y no obstante las medidas de aparente rigor que el gobierno aconsejaba al capitán general de Vizcaya y al de Cataluña, todavía no se hacían públicos en la *Gaceta* documentos como la exposición de la Diputación de Vitoria «por el inconveniente de algunas de sus expresiones, que pudieran excitar el odio público *contra corporaciones e institutos respetables* (las órdenes religiosas y conventos), cuya reputación quiere S. M. se conserve ilesa.»

Día 7.—En el parte oficial de la policía se hace referencia á una carta de Vitoria, en la que se dice que la facción de aquel punto sólo está deshecha en la apariencia, pues mientras exista allí la *Comunidad de San Francisco* y casi todos los demás *eclesiásticos* de la población, el espíritu público, afecto al carlismo, no cambiará de ningún modo, y se manifestará en cuanto haya ocasión.»

Idem.—En la acción de Hernam se encuentran entre los muertos algunos *clérigos* que acompañaban á la facción.

Idem.—En Torredemar cae prisionero el cura beneficiado de la parroquia de dicho pueblo, D. Nicolás Moral y Revenga, y D. Félix Moral cura de Quintanilla Sumuñoz, compañeros ambos de Merino.

Idem.—Es capturado en Villar del Arzobispo el cabecilla hermano José Roger, franciscano de la Tierra Santa, que uniformado y armado se hallaba con otros dos *frailes* titulados *sargentos*.

Idem.—De la facción de Cuevillas formaban parte dos *frailes* y cuatro *capellanes*.

Día 10.—Recibe el gobernador de Málaga una denuncia, en la que se asegura que el día 15 debía estallar una subleva-

ción carlista en Roda, siendo los encargados de dar el grito *los curas*.

Idem.—De una carta confidencial del coronel D. Laureano Sanz al ministro de la Guerra:

«En el corregimiento de Cervera también salieron dos canónigos á la arena... Generalmente *los curas de los pueblos son los primeros á salir; si no se les contiene con medidas vigorosas, la contradanza se arma.*»

Día 12.—El coronel de húsares don Valentín Maza, persigue y derrota una partida carlista, dando muerte al jefe. Al reconocer el cadáver de éste y correr por los pueblos la noticia, se produjo un júbilo indecible. El jefe era sencillamente el ladrón más temido en el país, célebre por sus crímenes y su gran devoción religiosa.

Día 13.—La autoridad militar de Navarra dice al gobierno que por los consejos de Somorrostro, Sopuerta, Galdames y Balsameda vagaba una partida capitaneada por un tal Cástor, que aunque de poca fuerza, «sostiene la rebelión gracias al apoyo de las poblaciones y muy particularmente del clero.»

Día 14.—Según comunicación del capitán general de Cataluña, se le presentó el prior de Agustinos Calzados de Barcelona á darle parte de que *cuatro jóvenes religiosos* habían desaparecido del convento disfrazados de paisanos, á uno de los cuales se le hizo ir desde Sanahuja por haberle hallado un fusil y mantener relaciones con el cabecilla conocido por el *Sereno*. A la vez da cuenta de haber preso á un *fraile capuchino* y á otro *dominico* de los conventos de Cervera, por repartir proclamas sediciosas, habiéndose fugado otros dos *capuchinos* al hacer las prisiones, y resultando de las diligencias practicadas que otro *fraile* de Tortosa era el encargado de comunicar las noticias á Valencia.

Día 16.—El superintendente general de policía pone en conocimiento del gobierno que la *mayor parte de los curas y frailes* de Madrid omiten en la misa mayor la oración *pro regina*, es decir, por la reina.

Idem.—En el pueblo de Llanera, partido de Solsona, se presenta una gavilla de facciosos mandada por un *fraile capuchino*, por el *vicario* de Llanera y por un hermano de un canónigo de Gerona.

—El coronel D. Laureano Sanz recibe una carta de Gabas, escrita por D. A. Antonio Figuerola, diciéndole:

«Esta canalla tiene la retirada bien segura, porque *todo el clero del obispado de Solsona*, como primeros autores de la facción, cada uno ocultará á una porción, y así es que siempre nos volverán locos; y para probarlo, sólo diré á usted que en la rectoría de Llanera no se ha hallado nada.»

Día 17.—De un parte de la policía al gobierno:

«Según observación de varias personas, *los religiosos de San Francisco* están haciendo mucho caño desde el púlpito, pues Jesenvuelven las máximas evangélicas de tal modo, que siempre vienen á rarar en manifestar con palabras ambiguas que los amantes del gobierno son los más encarnizados enemigos de la rebelión. En las deprecaciones que hacen pidiendo la paz, ruegan al mismo tiempo por el exterminio de los malvados con una aplicación tan clara, que todo el mundo conoce á quién se dirigen sus palabras; se extienden sobre la persecución que dicen que sufren los ministros de Jesucristo, y al llegar á este punto, es cuando piden con mayor fervor misericordia á Dios y el castigo de sus perseguidores. Encargan oraciones con la advertencia de *ser por una urgencia grave que no podemos descubrir.*»

Idem.—En una acción dada en Poveda, cerca de Peñaranda de Bracamonte, quedaron mortalmente heridos dos *frailes* del convento de San Agustín de Burgos.

Día 18.—El ministro de España en Londres, comunica que el *abad de San Rosendo* es uno de los agentes más activos del infante D. Carlos, y el encargado de enviar armas y municiones á los puertos de la desembocadura del Miño.

Día 19.—Del capitán general de Guipúzcoa al gobierno:

«La facción no cede ni retrograda, ni el *fuego levítico monacal* deja de soplar la constancia en la rebelión... pues aún los que parecen buenos, son lo mismo que los otros.»

Día 20.—Sabe el capitán general de Castilla la Vieja que el 20 de Noviembre había llegado al convento de Matallana, cerca de Burgos, un sujeto vestido de religioso en un carro; que entró sin que los criados viesan al personaje y que permaneció diciéndose en el convento cantor mayor. De día salía á paseo con el abad ó su hermano; de noche recibía la visita del cura de Guada; y como las señas del indicado coincidiesen con las del obispo de León, el capitán general mandó cercar sigilosamente el convento por la tropa. Cuando ésta llegó el pájaro había volado; pero estrechados por el jefe de la fuerza, el abad y los frailes declararon que el obispo de León permaneció oculto en el convento hasta que supo que se había registrado la casa del cura de Guada.

—El lego del convento de Benedictinos de San Pedro de Arlanza, fray Lúis Alonso, denuncia á la fuerza del alférez Gallo el sitio donde Merino tenía escondidas las armas, y declara que se le quiso ocultar en el convento, pero que él los disuadió por el compromiso inútil en que iba á poner á los frailes. La confianza que tendría en éstos la reveló al pedir con gran instancia que le llevasen á otro convento, porque si volvía, Merino le

EL MOTIN



— Saqueo de Cuenca por los carlistas en 1874.

Ayuntamiento de Madrid

quitaría la vida. El abad quiso excusarse luego, diciendo que si Merino escondió las armas de acuerdo con el lego, fué debido á la simplicidad de éste.

—Es detenido en Bayona el pagador del ejército de Sarsfield, que se fugó con el dinero, y se le encuentran *diecisiete mil* duros de los *treinta mil* de las cajas del ejército que robó al fugarse, habiéndose invertido los trece mil duros que faltaban en auxilios á los carlistas. Declaró que habla sido catequizado por un fraile.

—Entran las tropas de Oraá en Tudela, donde no sabían el color de los uniformes del ejército; tan carlista era la población. A las pocas horas dos paisanos acometen á traición á un soldado que había salido de su alojamiento á tomar la orden y le hieren gravemente. Otros hacen lo mismo con otro infeliz soldado, acometiéndole por la espalda mientras—dice el parte—«hacia sus necesidades». Los asesinos habían sido instigados por *los frailes*.

Primer párrafo de la proclama que circuló en Aranjuez en los primeros días de la guerra.

REAL PROCLAMA

¡Viva la fe de Jesucristo!

¡Viva Carlos VI!

«Mis más amados oyentes—decía fray Félix Alvaro, predicando en la iglesia de San Juan de la Rivera, en Torrente, provincia de Valencia:—yo he visto apedrear un santísimo Cristo; y he oído decir: *¡muera Dios!* y *¡Viva Luzbel!* La religión se acaba, hijos míos; estamos peor ahora que en tiempos de los albigenses, es decir, de los herejes.»

El decidido y eficaz apoyo que curas y frailes prestaban á las facciones, lo demuestra la organización establecida para comunicarse entre sí.

El arzobispo de Tarragona y el obispo de Tortosa eran los jefes de la organización en Cataluña. Transmitían las órdenes al monasterio de frailes Benedictinos de San Feliú de Guixols, donde estaba la casa principal; de aquí pasaban á los curas de los pueblos, y de éstos á otros eclesiásticos subalternos.

Los curas se reunían para sus deliberaciones cada vez en un sitio, y con este sistema no había manera de interceptar documento alguno, tropezando por todas partes las autoridades con la red de la conspiración.

Y tan bien se entendían y perfectamente organizados estaban, que al primer aviso se echaron al campo en número tan considerable, que en una de las primeras acciones sostenida cerca de Tolsa por las fuerzas de Castañón y los carlistas, los liberales recogieron un botín abundante, no de prendas de soldado, sino de cura; iban tantos y corrían con tal entusiasmo, que abandonaron ricos ornamentos, casullas, manteos, etc., etcétera.»

Día 24.—En la refriega habida en el campo de Robeda quedan mortalmente heridos dos *frailes del convento de San Agustín de Burgos* y prisionero uno que se dice sargento. Pertenecían á la facción de Balmaseda.

Día 31.—En el encuentro entre la facción del cabecilla Lardizabal y las tropas mandadas por el general en jefe del ejército de operaciones, en el campo de Ataum, quedaron algunos muertos, entre ellos un *clérigo*.

Y no sigo copiando, señor obispo, hechos similares, ocurridos desde 1834 á 1839 en la primera guerra, y desde 1872 á 1876 en la segunda, porque con ese botón de muestra basta para demostrar á usted que los curas y los frailes españoles han sido siempre, y son y serán carlistas, y que por esto yo los he combatido constantemente, seguro de que tarde ó temprano promoverán otra guerra civil.

Sí; por la manera en que acabó la última, por la debilidad de la restauración ante la Iglesia, por la cobardía ó indiferencia de los liberales ante la irrupción de las órdenes religiosas, yo preveo que la tercera guerra estallaríá tarde ó temprano, y dedíqueme á atacar el clericalismo, para ver si podía contribuir á evitarla.

No me he visto apenas secundado por los liberales; se me ha perseguido por los gobiernos; me han insultado y escarnecido los curas y los frailes, coreados por todos los ignorantes, los hipócritas y los malvados, sin que todas esas contrariedades lograran apartarme de mi camino.

Y hoy...

Hoy es forzoso reconocer que yo tenía razón al procurar que el cura y el fraile perdiesen influencia, para que no pudiesen sumir á España en los horrores de una nueva guerra civil.

No lo he logrado, mas no por esto creo perdidos los años y los esfuerzos consagrados á esta patriótica labor; labor que continuaré el tiempo que me reste de vida, (sintiendo que no pueda ya ser mucho), y confiando siempre en que el espíritu liberal despertará potente el día que el partido de la Iglesia *que no tiene sentido* se lance al campo y lo aniquilará por completo; única manera de que mi patria se dignifique, se regenere y se engrandezca.

Una vergüenza

Hubo en Madrid un hombre heroico y valeroso, del cual no se conserva más memoria que su retrato en una vieja estampa encabezada con el título: *Los Mártires de la Libertad*, la mención de sus hechos gloriosos en aquellos libros tan leídos de los viejos progresistas y una línea en el registro de inhumaciones del cementerio del Sur que dice:

25.—*Pablo Iglesias, ajusticiado.*

Este Pablo Iglesias nació en Madrid á fines del siglo XVIII de familia pobre. Ni-

ño aún emprendió un oficio manual, tirador de oro, y cuando España se vió invadida de las tropas napoleónicas sentó plaza y como soldado hizo toda la campaña de la Independencia.

Concluida ésta y ya licenciado, abrazó la causa de libertad, y siempre menestral, en 1820 el voto de sus convecinos de Madrid le hizo concejal.

Llenó el cargo con honradez y celo, peleó en la jornada del siete de Julio, y cuando sobre España cayeron las fuerzas francesas mandadas por la Santa Alianza para concluir con el régimen liberal, Pablo Iglesias volvió á empuñar las armas y á combatir.

Pudo escapar y conspirar en Gibraltar, y en el verano de 1825 organizó una expedición que desembarcó en Almería con el intento de levantar el país por la libertad; vencido aquel puñado de hombres, muertos en la pelea los más, Pablo Iglesias fué hecho prisionero, y trasladado á Madrid, el 25 de Agosto murió en la horca, no sin haber dado ejemplo de austero valor que Pérez Galdos recoge en uno de sus *Episodios Nacionales*.

En Almería un monumento perpetúa el recuerdo glorioso de aquella heroica expedición; en Madrid nada recuerda al caudillo de ella, al esforzado y generoso hijo de esta tierra, al concejal honrado y celoso, al noble martir de la libertad.

No ya de una estatua—¡la tienen Isabel II y la Reina Gobernadora!—ó de un busto, sino ni aun de que el nombre de una calle perpetúe su recuerdo le han considerado digno los ayuntamientos madrileños, y para mayor vergüenza hasta sus restos mortales desaparecieron, por traslado solemne, del cementerio del Sur...

Hace unos diez años en *El País* y en el *Heraldo* se habló de esta ingratitud, de este óvido ruin sin lograr la atención de nadie; ¿ocurrirá hoy lo mismo?

J. J. MORATO

Canónigo al agua

Una lancha automóvil del cañonero «Feila» se fué á pique, estando á punto de ahogarse el deán de la Catedral y otras personalidades beatas que la tripulaban.

Varios marineros pudieron salvar á unos en la orilla española y á otros en la portuguesa.

Aunque adoro los planes de la divina Providencia y respeto sus inexcusables designios, no acierto á comprender qué misterio se propondría el buen Dios con este remojón del respetable canónigo.

Porque yo le imagino en el agua sacando las patas en una postura impropia de la modestia sacerdotal, y escandaloso para el pueblo fiel.

Si el autor de esta aventura hubiese sido un republicanote, no fuera menuda la zlagarda que armarian los Prelados.

Porque peor es esto, que bailar con una mcmia.

Ardieta

El «apóstata arrepentido»

He aquí el responso que cantan á este personaje los periódicos oficiales del catolicismo, bajo el epígrafe insultante de «Un apóstata arrepentido»:

«Los librepensadores se ufanaban de contar en sus filas al sacerdote apóstata D. José H. Ardieta, autor de varios libros y folletos, entre ellos *La Religión al alcance de todos*, del cual se han hecho innumerables ediciones. (Mentira primera).

«Ardieta ha fallecido en Barcelona, arrepentido de su apostasía. (Mentira segunda).

«El Señor misericordioso tocó su alma en los últimos momentos de su vida. (Mentira tercera; fué seis años antes).

«Practicó ejercicios, vivió algún tiempo sujeto á las pruebas necesarias para probar su conversión verdad. volvió á celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, quiso que su conversión se divulgara, y escribió para ello una carta, en cuyo sobre puso lo siguiente: «Al reverendo P. Parés, S. J., para que se sirva publicarla después de mi muerte.—José H. Ardieta, presbítero.»

«He aquí la carta de referencia:

Jesú, María y José.—A todos los que leyeren:—Hermanos míos:—No quiero morir sin pagar la deuda que tengo con vosotros. Desde el borde de la tumba os habla un viejo, cuyo espíritu, pronto á comparecer ante el supremo Tribunal de Dios, quiere hacer lo posible para conseguir la perdón de sus exámenes.—Aunque indigno, soy sacerdote, por más que durante muchos años lo haya oprimido el olvido. He vivido, he hablado, he escrito y he enseñado contra ese Dios tan bueno y misericordioso. Su misericordia sin límites ha querido que yo me convierta á Él y le pida perdón de mi iniquidad; pero, ¿cómo satisfará á su Divina justicia?—Ayudadme vosotros, a quienes también he ofendido con mis malos ejemplos; pedid misericordia para este desgraciado anciano, que daría mil vidas para reparar sus enormes faltas, que detesta y abomina una vez más.—Y, pues o que la Prensa periódica ha sido uno de los medios que han servido á mis detestables propósitos, yo ruego á esa Prensa, especialmente á *El País de Matriti*, *El Diluvio*, *La Publicidad*, *El Progreso* y si alguno otro me ha ayudado, que se sirvan publicar estas del raciones mías y por esto reciban mi agradecimiento.—A todos saluda y por todos ruega á Dios su servidor.—José H. Ardieta. Pri.—11 de Abril. Pa. o. n. de Resurrección.—S. m. l. o. Mayor, Las Cortes.

«Los periódicos republicanos, cuya misión es engañar á sus lectores, no dirán palabra de esta conversión porque no quieren que sus lectores abran los ojos.»

¿No, eh? ¿No dirán palabra? Aunque sólo fuese para desmentir al jesuitismo en sus profecías manifestando que miente en sus historias, por sólo esto hablará la prensa republicana y jaleará esta luminosa carta del *ejecutor* testamentario y honorario de Ardieta.

No sé quien puede ser ese *reverendo P. Parés S. J.*, que arrancó á Ardieta documento tan estúpido y macabro. Jesuita es, por lo visto, y si no le dijera él en su escrito, lo denunciaría lo astuto y lo necio del documento.

De lo mal que anda la cabeza ese jesuitilla de tres al cuarto, sirve de prueba el primer párrafo, en que cita «entre los

varios libros y folletos» del Dr. Ardieta, uno solo como muestra: y ese uno solo, *La Religión al alcance de todos*, jamás fué de Ardieta, ni en todo ni en parte, ni por dentro ni por fuera.

Sí, pues, ese jesuita que ha engañado al público, y que ó miente ó no sabe lo que dice. Y como quiera que de su afirmación resultan «calumniados» el autor de este libro y el libro mismo, al llamar á su autor «apóstata arrepentido» y como quiera que esta calumnia jesuita se ha divulgado estereotipada, por todo el mundo, y no hay en España medios para obligar á ese cinico á desmentir su calumnia y á restituir su fama á un libro y á un autor; como quiera que no es dable imaginar que ese escrito destinado á la estereotipia haya sido redactado á la ligera, sino que debe imaginarse escrito con gran calculo jesuita, en todo ello se transparenta el propósito diabólico de infamar este libro de gran propaganda, con la ignominia del arrepentimiento de Ardieta. Por lo cual queda requerida la prensa liberal á que, con los comentarios que á cada periódico convengan, publique esta noticia:

«Es falsa la especie propalada por la Compañía de Jesús, de que el autor del libro *La Religión al alcance de todos* haya retractado una sola de sus afirmaciones, ni que tenga nada que ver con el Dr. Hernández Ardieta.

«Este libro, á los muchos méritos, añade ahora el de haber sido objeto de una páfida calumnia.»

Y si quieren, pueden añadir este reclamo: «Se vende á una peseta en la Administración de EL MOTIN.

El libro calumniado del cual van vendidos sesenta mil tomos en esta Administración, no es de Ardieta, sino de don R. Herques Ibarreta, de Sahagun, cuyos derechos-habientes sabrán lo que tienen que hacer con quien de tal modo infama la memoria del ilustre autor.»

Dado este mentis á ese jesuitilla, digamos algo del pago que dan á la pretendida conversión del Dr. Ardieta:

Para celebrarle el funeral no hallan mejor corona del túmulo que esta:

«UN APOSTATA ARREPENTIDO»

Hay que celebrar el talento de esas gentes. Si con ello se proponían atraer á la conversión á otros apóstatas, pareceme que han hecho lo mejor posible para desviarles de tal camino, diciéndoles:

«Convertíos, y ahí tenéis el obsequio que os haremos.»

Realmente es archicatólico este *sali-vazo* clavado en la frente del cadáver: «apóstata... arrepentido»

Y lo que dirá el P. Parés ese, si es que ha leído algo de los apóstatas jesuitas: «Si en vez de ser sacerdote hubiera sido jesuita, Ardieta no habría hecho la tontería de arrepentirse. Habría hecho lo que hacen, según sus historias: ser ladrones, asesinos, espías, traidores, borrachos, rateros, estafadores... ¡todol antes que arrepentirse para ser expuestos al ridículo público». Y tiene razón el jesuita. La ma-

yor necedad de Ardieta fué... arrepentirse.

Lo que no dirán los católicos es que Ardieta, en cosa de siete años, se ha arrepentido una docena de veces y se ha prostituido otras tantas, lo cual prueba que era un librepensador supremo. Tomaba eso de las conversiones como pasatiempo.

Y esto es lo que no dirá su convertidor.

Al fulano ese Parés, me le veo yo en el acto de «atrapar» la carta de Ardieta, metiéndosela en el bolso arrolladita como si fuese un *Agnus Dei* y guardándola en el cajoncillo más secreto del *Archivillo* de la casa, refocilándose con la esperanza de ver el día dichoso de aparecer el nombre obscuro de Parés con el ilustre de Ardieta. ¡Ardieta-Parés, casados en matrimonio eterno de celebridad, mediante esta carta de esponsales...!

¡Oh, Parés!... Cuántas noches habrás pasado ensoñando este momento de tu gloria... de exhibirte al mundo con aquel gallardo gesto de Ignacio «montado en lo más alto del castillo de Pamplona, á pecho descubierto, desafiando con su espada formidable á la artillería francesa...» Sólo que tú, te subes al cimborrio de la iglesia y en vez de blandir la espada levantas á lo alto la cabeza del doctor Ardieta, diciendo al mundo:

—Maravillaos... á este Goliath librepensador le ha decapitado este que parecía un condenado á morir anónimo. En adelante Ardieta y Parés irán juntos á la Historia: Parés, llevando cogido de las barbas al temible Ardieta...

¡Bravo, intrépido alanceador de muertos!... Yo te saludo. Y que San Ildefonso te libre de que algún día te veamos apostatar á ti, como á tu Padre Diego Cáceres, y ahorcado en el Tibidabo por la Justicia. Que no eres tú de mejor madera, ni los jesuitas de hoy son mejores que los Ignacios y Polancos de antaño.

¡Fueron tantos los apóstatas jesuitas! Desde Prévost d' Exiles, el delicioso, hasta Diego Cáceres, el traidor á España, á Francia y á Inglaterra...

Pero... desdichado jesuita: ¿no temes, que como á tu padre Ignacio el primer disparo que se te haga te quiebre ambas piernas y te arroje desde el pináculo de tu soberbia, al abismo del ridículo?

Porque... ahí va la primera granadilla: Ardieta te la ha dado con queso.

El hizo el gran ridículo, pero no quiso hacerlo solo y se asió de tu brazo. Y bien podría ser que en vez de convertirte tú á él, él te hubiese convertido á ti.

Sí, desdichado Parés.

Qui iste pegársela á Ardieta con el cebillo de un misero rancho, y te digiste: «Una carta sin fecha... así nadie sabrá cómo ni cuándo...»

¡Me río de este escrito de esponsales y de su proemio!...

Que Ardieta practicó ejercicios... ¡Ja, ja, ja!

Que «vivió sujeto á las pruebas necesarias para probar su conversión verdad... ¡Ja, ja, ja, ja!...

Que «volvió á celebrar misa...»

No una; sino media docena diarias.
Que quiso que su conversión se divulgara...

¡Ja... ja... ja... ja... ja!... ¡calla... calla... calla, jesuitón, calla!... ¡Cómo que se convirtió en mi casa de la calle de Córcega... y allí iba á platicar conmigo sobre las prácticas que iba haciendo en el convento de Paules... que no fueron tan gansos como tú...

Y en mi casa se escribió la abjuración...

Y yo taché lo que me plugo...

Y yo dicté los capítulos matrimoniales entre él, menor de edad por decrepitud, y la Iglesia, vieja de dos mil años...

Y después de los Paules pasó á los Filipenses, que tampoco fueron tan necios como los jesuitas de quererle descabezar con este escándalo público, insultador del muerto, ofensivo para su familia y vergativo de una venganza siniestra contra el muerto, contra los vivos y contra cuantos le trataron...

Y...

Nada: que hasta la fecha de la Pascua, fué digna de una testuz jesuita. ¡Han querido hacer la Pascua á Ardieta!

Y más que á Ardieta, á los librepensadores.

Y más que á los librepensadores, á los «apóstatas».

Y más que á ninguno, á mí.

Y por esto voy á ver si les hago yo la Pascua á los jesuitas, con esta conversión sin fecha, utilizada por los jesuitas para aumentar su negocio y darse tono de catequistas.

No, Parés, no: esto no ha sido una conquista, sino una gansada.

Con que: Parés: Ardieta: juntad las manos en macabro conorcio para que El MOTIN os eche la bendición... en unos articulillos que no copiarán los periódicos de la secta.

¡Es gracioso! ¡Convertido Ardieta!... ¡Ja... ja... ja!...

S. PEY ORDEIX

Teorías jesuíticas

El venerable Jerónimo de Lanuza, en carta á Felipe II, fecha 22 de Agosto de 1597, decía al rey «que los Padres de la Compañía forjaban todos los días doctrinas y opiniones nuevas, no habiendo materia de fe y de moral en la que no hayan introducido innovaciones. Que se les deje obrar, que llegarán á corromperlo todo, y habrá que cerrar las buenas escuelas y cegar los manantiales de sana doctrina.» Como este semanario no se escribe para teólogos, haremos gracia al lector de las novedades de los buenos Padres en materia de fe, y respecto á la moral sólo citaremos algunos casos que parecen cuentos y son historias debidamente comprobadas.

El licenciado Esclapés hace notar que los jesuitas han creado un Purgatorio distinto al que reconoce la Iglesia, lleno de flores, gratos perfumes, y donde las almas no sufren nada por mucho que se les dilate la vista de Dios. Esta teoría la sostiene el padre Belasmino, jesuita, en su libro *De Purgatorio*, lib. 2. cap. 7.º, teoría que el

fraile dominico padre Malvenda en su libro *De Paradiso*, cap. 92, censura con términos muy severos, refutando el apoyo que el jesuita busca en el venerable Beda y en San Gregorio, Papa, en sus *Diálogos*, lib. IV, capítulo 36. Todo lo cual, dice, carece de base. Los jesuitas no se han parado en el Purgatorio; también han escudriñado el cielo. El P. Gabriel de Henao, en su *Empirología*, dice que la música que hay en el cielo está ejecutada con instrumentos materiales como en la tierra. Lo que el jesuita no nos dice cuál es la casa que provee á la corte celestial, ni por qué conducto. El 26 de Abril de 1631 apareció el famoso libro del P. Luis Henriquez, titulado *Ocupaciones de los santos en el cielo*, de cuyo contenido no doy cuenta, porque corre ya impreso por algunos libros; todas las delicias del cielo son materiales: casas lujosas, tapices, músicas, banquetes, perfumes, besos, abrazos, baños perfumados, ángeles vestidos de mujer con ropa interior de la mejor clase, que se dedican á jugar con los santos, que sean varones, llevando el pelo muy rizado y ricas faldas de seda. Al P. Henriquez se le hacía la boca agua pensando en estos jolgorios pederástico-celestiales. El libro salió á luz con la aprobación del padre Francisco de Prado, provincial de Castilla, y la del general de la Compañía, Mucio Viteleschi. No negarán esto los jesuitas.

Siempre ha sido una teoría predilecta de los jesuitas que en la dirección de la conciencia de los poderosos se han de seguir las máximas más amplias ó relajadas. Enfermó cierto gran señor, y se confesó con un jesuita, revelándole entre otras culpas que tenía amistad íntima con cierta mujer cuyo retrato le entregó como signo de su arrepentimiento, que fué sincero, de tal modo, que habiendo curado, ni siquiera volvió á acordarse de aquella dama, que había constituido su pasión durante mucho tiempo. El jesuita no quiso perder aquella amistad con hombre tan poderoso, y no sabiendo qué pretexto aducir para visitarle, se presentó diciéndole que puesto que haba curado totalmente, venía á devolverle el retrato de aquella señora su amiga. La vista del retrato despertó de nuevo la pasión dormida, la cual se reanudo y duró mucho tiempo, y el jesuita fué considerado siempre como un buen amigo de los dos amantes y muy protegido por ellos, que es á lo que se tiraba.

El año 1643, en Málaga, un señor muy rico y sin herederos, quiso hacer testamento, dejando la mayor parte de sus bienes para sufragios de su alma. De la redacción del testamento se encargó un jesuita, su confesor, hombre que merecía toda su confianza, testamento que firmó sin leerlo siquiera cuando se le presentó el espiritual varón. Pero al cabo de cuatro días vió con sorpresa que le arrojaban de su casa los buenos padres, pues lo que él firmó juzgándolo un testamento era una donación *inter-vivos*. Puso pleito á los jesuitas y no sacó nada en limpio, pues el tribunal sentenció conforme á lo que aparecía escrito y corroborado con su firma, que era una perfecta donación. El suceso dió mucho que hablar en aquella época.

FRAY GERUNDIO

PREDICADORES LAICOS

Uno de mis ensueños sería formar la Orden de Predicadores laicos, y vais á sa-

ber—si os gustan las cosas serias—en qué razón fundamento esa ilusión mía.

Estamos acostumbrados á combatir las Asociaciones religiosas; pero muy pocos impugnadores, al hacer el inventario de sus riquezas y ambiciones, legalidad ó extralimitación, nos dicen el secreto de su triunfo, de esas tenebrosas victorias de las que salen pujantísimas. El pensamiento político moderno las combate, son reducidos á cenizas los dogmas que las sustentan, ¿en qué consiste que después de una revolución, de un decreto de expulsión, de una matanza, esas Congregaciones renazcan más poderosas, más violentas? Contestáis que en el fanatismo; sea ó no sea la razón, ved y medita que ese fanatismo trocado en laico nos hace falta. ¿Para qué? Para lograr por medio de él victorias parecidas, ya que fracasamos con nuestros discursos y conferencias de un individualismo rabioso, oliendo que transcienden á gloria de foro y columna de Rostros.

Y nos hace falta, porque ese fanatismo será todo lo malo que queráis, y yo no lo discuto, pero contiene en sí riquísimos gérmenes de victoria y una como predestinación á la victoria misma. Si nosotros no vencemos con tanta y tanta predicación y escritura; si con la cultura moderna tan vasta no logramos convencer á las gentes ni arrojarlas á la acción, es evidente que debemos cambiar de procedimientos. Convertido el fanatismo religioso en fanatismo laico, adquiriremos necesariamente las virtudes de aquél, á saber: la visión íntima del objeto y nada más que del objeto, un irresistible movimiento hacia el fin, convergencia en el fin de todos los propósitos, voluntad y deseos. Lo que torna punto menos que inútiles todos nuestros trabajos es el exceso de cultura y una enorme abundancia de buena voluntad; fácil es dar á estas cualidades lo que las falta y dársele de prisa. ¿No habéis reparado cómo toda revolución moral ó social se incuba en sociedades secretas juramentadas? Desde Mazzini á Sun Yat Sen, la historia de las grandes perturbaciones sociales nos demuestra que las revoluciones triunfan en las conciencias juramentadas para triunfar.

Los jóvenes estudiantes de Sociología podemos comprender perfectamente á Gaston Richard y aun comentar su reducción de las leyes sociales á simples indicaciones de tendencias, contingentes y aproximadas; mas el joven estudiante español no debe conformarse ya con su ciencia de las cosas del espíritu y la sociedad; necesita «influir», bien para preparar el advenimiento á la realidad de esa cultura, ó ya para imponerla como esas cosas se imponen. La gran idea del filósofo Bergson, el que con Williams Hames comparte hoy el día el duunvirato de la filosofía, «hay que espiritualizar la evolución», debémosla entender así nosotros: Hay que llevar á la acción toda la cantidad de energías desarrollada en nosotros por la labor de nuestro espíritu. En una orden de predicadores laicos se procuraría arreglar la filosofía y la actividad con reglamentos que obligaran á la conciencia, reglamentos inapeables de profunda disciplina. Esos reglamentos tienen el poder de engendrar en el individuo que los acata para su perfección ó el bien de su patria una individualidad generosa y franca.

A medida de su profesión de fe laica, cuanto más crezca en su espíritu la idea de su amor, tanto más realizará en el apostolado sin que le obliguen á cejar, como hoy sucede, las circunstancias, ó la agre-

sión, ó la indiferencia. Además de que ese fanatismo encuentra pronto los medios prácticos, positivos y materiales de su expansión. Podéis leer á Molinari, Leroy-Beaulieu, Yves Guyot, los tres patriarcas del liberalismo económico, ¿aprenderéis á adquirir los medios de predicación de las sanas y filosóficas doctrinas? La primera condición del triunfo es lograrle. Para lograrle, una sola cosa es necesaria: agrupación. Y no la agrupación bajo ésta ó la otra razón social de partido, ó cariz político, ó instinto destructor, sino la asociación perfecta de las entendimientos en el espíritu de una Reforma hasta el grado en que esa Reforma sea el único deseo de todos los entendimientos agrupados.

El que predica ó escribe en nombre de la verdad y con su arte de decir ó escribir por todo medio, puede no ser eficaz ó serlo, pero su eficacia ha de ser tarifa, costosísima. Los que predicán ó escriben juramentados ante una idea fundamental, producirán esa emoción incontestable que en la gente produce ó provoca la visión de unas conciencias jóvenes, disciplinadas en una sola dirección y con un sólo entusiasmo. Si algo aleja las almas en España de la actividad, es el pesimismo de ver cómo los espíritus jóvenes se adecúan al medio ambiente al fracasar en sus primeros arrebatos. Así es que el día feliz en que vieran surgir una Institución laica encaminada á la regeneración intelectual y moral de España, tendrían por lo menos que dejar su cómodo pesimismo, y decir: *Veremos*, en vez de decir como hoy á todo esfuerzo leantado y noble: «Eso que pretendéis es imposible; sois solo.» Pensadlo bien, y si lo entendéis, comentadlo.

EUGENIO NOEL

DE MI VIEJO LIBRO DE NOTAS VERÍDICAS

Mi campo

Era muy de mañana, tanto, que todavía no despuntaba el alba sobre las cumbres de Oriente. Había pasado trabajando la noche y me dolía horriblemente la cabeza. Pensé acostarme y dormir: el sueño me apartaría unas horas de las miserias de la vida, daría paz á mi espíritu y despejaría mi abrumada frente... ¡Hermoso proyecto! Lástima grande que la falta de sueño no me permitiese ejecutarlo. Oí fuera, en la calle, rumor de pasos, y me acerqué al balcón. Dos hombres hablaban. ¿De qué? Imposible oírlos: las llamadas voces se deformaban al chocar contra las vidrieras de mi cuarto. Quise oír y abrí nuevamente las hojas del amplio ventanal. Reconocí á dos madrugadores, es decir, á dos trasnochadores: eran el licenciado en ciencias y el hijo del banquero, los dos fundadores y propietarios de un taller de galvanoplastia, famosísimo por cierto. ¿Y hablaban?... De una muchacha joven y linda, y sin duda virgen, que habían admitido... Los próceres se disputaban la vez y los dos querían pagar la cena y el *champagne*. Pusieronse al cabo de acuerdo, y el enclenque licenciado y el sanguíneo banquero diéronse efusivamente la mano... ¿Pero aceptaría la paloma? ¡Qué remedio! Y se fueron. Y escupí.

El soplo fresco de la vecina huerta hizo-me pensar en lo agradable que sería pasear tan de mañana por el campo. Lo pensé y acepté lo pensado. Salí, atravesé la

ciudad, aun dormida, y vime en la campiña. El viento trajo en sus alas cuatro campanadas: un reloj daba lejos la hora. Me senté al borde del camino y medité largamente... Largamente quiere decir profundamente: unos instantes de amargas reflexiones valen por un siglo. Dábale vueltas al viejo tema de la infelicidad humana, obra de los hombres mismos, cuando oí pasos: dos trabajadores de la madre tierra venían por el callado camino en dirección contraria. Iba el uno á la ciudad, puesto el traje de los días de fiesta; iba el otro al campo, la azada y la alforja al hombro.

Al encontrarse sus pasos, se saludaron los hombres. He aquí lo que creí oír:

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Adónde se camina?

—Pues... á la ciudad. Voy á pagar el arriendo.

—Te compadezco.

—Ya puedes: le llevo al amo más de lo que ha dado de sí la «torre».

—¿Ya es cuento, ya!

—Y tú adónde vas. Ramón, á trabajar?

—Sí; voy á mi campo.

—¿A tu campo! Eso quisieras, ir á un campo que fuese tuyo. ¿No fuera malo, verdad? Al campo que tienes arrendado, dirás.

—No, no; voy á mi campo. Al campo que siendo mío y trabajándolo yo, rinde beneficios al ocioso señor que se dice su «amo». Mi abuelo trabajó la parda tierra aquélla; mi padre la trabajó también; yo la trabajo; mis hijos la trabajarán acaso. El esfuerzo de nuestros brazos y el sudor de nuestras frentes arrancaron de sus entrañas los frutos que dió. ¿De quién es, pues, la tierra? ¿Acaso la vió en su vida el orgulloso señor que se dice propietario? ¿Vertió sobre sus sedientos terrones el sudor de su rostro? ¿Trabajó desde el punto de la mañana hasta la puesta del sol, hasta caer extenuado, sobre mi campo? ¡Oh, no! ¿De quién, pues, ha de ser la tierra sino mía? Mía la tierra y míos los frutos que produce; míos; y él, el «amo», el ladrón de mi sudor...

—¿No temes que el «amo» se entere de que le llamas ladrón y te quite la tierra?

—No; no, porque si me quitase la tierra no se la entregaría, seguiría cultivándola.

—La justicia no te lo permitiría.

—Entonces quedaría inculta y no sería útil para mí ni para el Estado ni para el que nos la usurpó á los dos.

—¿Cómo es eso! ¿Dices que quedaría inculta?

—Sí; en nuestra ciudad todos tienen arrendadas sus tierras, todos están en el mismo caso que yo; y nadie, siquiera fuese por egoísmo, querría tomar la que se me arrebatará... ¿Quedaría inculta!

—En la ciudad, tal vez; pero de las vecinas vendría alguien que carezca de tierra y desee ganarse la vida trabajando.

—Acaso vendría, ¿pero le consentirían mis vecinos que cultivase mi tierra?

—¿Quien sabe!...

—De todas maneras, si sucediese así como supones, el «amo» tendría que ceder y reconocer que es menos dueño de su tierra de lo que él sin duda se figura... ¡Ah, si hubiese unión y vergüenza en el campo!... ¡No sabes lo que me pesa este dinero!... Que no te canses.

—Que no te sulfures.

Se separaron los campesinos, me puse en pie y seguí la vía que lleva á la ciudad; tenía sueño, pero caminaba radiante de gozo: el campo despertaba.

Al entrar por junto al filato de consu-

mos en la gloriosa urbe alcancé al labriego que acudía á pagar el arriendo de su huerto. Le llamé y le dije:

—Les he oído hablar á usted y á Ramón.

—¿Sí!

—Han hablado ustedes de esto, y esto...

—¿Cá, no señor! Nos hemos apostado un jarro de vino: yo á que no nos sube el amo la renta; él á que sí...

—¿Sólo eso?

—Sólo.

Loco y visionario como siempre, había soñado: el campo continuaba sumido en la ignorancia y la resignación...

¡Había soñado! Pero los sueños son á veces verdad. Tengo la esperanza de oír un día hablar, muy de mañana, al borde de un camino, después de haber maldecido de la corrompida y vil clase media, á dos nobles y bravos trabajadores de la tierra...

Los sueños de hoy suelen ser las realidades de mañana...

J. GOMEZ DE FABIAN

Los pararrayos de la Iglesia

Desde que los rayos, tan frecuentes en las inmediaciones de París, cansados de destruir pobres campesinos, se decidieron á provocar un verdadero escándalo matando al desgraciado marqués de Montebello, en el parque de su castillo, los periódicos estudian los medios de preservar á la Humanidad, y es especialmente á la Humanidad rica, del furor de las tempestades. Apoyándose en los experimentos científicos, los escritores profanos aconsejan, como es natural, el empleo de los pararrayos, que en Francia son muy raros, nadie sabe por qué. Mas esto, por lo mismo que es invención de laicos y de herejes, no puede bastar á los católicos.

Así, «L'Univers», el diario clerical más serio que hay en Europa, el diario de los grandes teóricos y de los grandes doctores de la Iglesia, el diario del académico Arthur Loth y de los catedráticos de la Facultad de Teología, consagra un estudio muy serio á la palpitante cuestión de «La foudre et les paratonnerres», y dice:

«En presencia de las calamidades, hoy más frecuentes que en épocas pasadas, la ciencia humana ¿ha podido hacer algo para protegernos contra los rayos? Ha descubierto el pararrayos, es cierto; pero éstos no están al alcance de todos, y si preservan nuestras casas, no nos ponen, en medio de los caminos, en pleno campo, al abrigo del peligro.»

Y en seguida agrega:

«Es la Iglesia católica la que en esto, como madre poderosa y tierna, nos ofrece una protección que desconocen ó desdennan las generaciones actuales, que no creen en el socorro sobrenatural. Ella multiplica sobre nuestras cabezas los pararrayos contra todos los peligros de la vida. No nos servimos de ellos y hasta ignoramos su existencia.»

Ahora bien, ¿queréis saber cuáles son estos místicos pararrayos que con tanta gravedad nos recomienda «L'Univers»? Casi no me atrevo á decíroslo, por mie-

do de que el venerable señor magistral de Toledo, que tantas malicias descubre en mis escritos, me acuse de pecados de ironía. Porque, en verdad, vistos por ojos que no tienen la suerte de estar iluminados divinamente, los pararrayos de «L'Univers» parecen..., ¿cómo decir?... parecen... Vais á ver lo que parecen...

Traduzco palabra por palabra:

«El primer año de su pontificado, y luego cada siete años, el Papa bendice según ritos particulares, los «Agnus Dei». Entre las gracias inherentes á estas marcas de cera ó á sus fragmentos, se notan, además de otras, las que siguen: que el signo de la cruz impreso en estas medallas, aleje los rayos, el viento y la tempestad de quienes los conserven ó los lleven respetuosamente; que el fuego y el agua no puedan hacerles daño.»

Sigo traduciendo:

«La Iglesia pone solemnemente entre nuestras manos, en la época más grave de la liturgia, los ramos benditos, para que aquellos que los conserven obtengan protección para su alma y su cuerpo, y para que los que le coloquen en sus casas alejen toda adversidad.»

Traduzco estas otras líneas:

«La medalla de San Benito consagrada por las preces y las bendiciones especiales y reservadas, es eficaz contra los peligros de toda suerte y las gracias maravillosas, aun en nuestro tiempo, han recompensado y recompensan la confianza de los fieles que la llevan.»

Aún hay más talismanes en el artículo de «L'Univers». Pero me parece que con éstos bastan.

Sólo que ¿á quiénes les bastan?... A los pecadores para sus casas pecadoras, sin duda, pues las iglesias, que seguramente tienen indulgencias especiales para desdenar los pararrayos divinos, están provistas, aun en las aldeas más humildes, de pararrayos profanos, de esos que al «Univers» le parecen obras dignas de desdén, por haber sido inventadas por los sabios herejes...

E. GOMEZ CARRILLO

Del mundo clerical

A diario, como si escribieran para ignorantes, vienen los periódicos clericales poniendo el grito en el quinto cielo con pretexto de la que ellos llaman expropiación, robo ó cosa así de los bienes de la Iglesia, refiriéndose á las leyes desamortizadoras de Mendizábal.

No conviene que la gritería, á fuerza de perdurar, logre preséritos entre las gentes sencillas, y por esto encuentro de oportunidad indiscutible la publicación de los siguientes párrafos, llenos de datos elocuentes, de una obra del publicista don Fernando Garrido:

«Cuando los clericales no encuentran qué replicar respecto á la desamortización eclesiástica, recurren á lo de los bienes de las monjas, procedentes, según ellos, de los dotes que llevaron al entrar en los conventos.

«Si los bienes de la Iglesia—dicen—no eran propiedad del clero, y éste no fué

despojado sino desposeído, no sucedía lo mismo con los de las pobres monjas: éstos eran suyos, pues los aportaron al tomar el velo. Lo mismo puede decirse de los de las Ordenes monacales.»

Muchas veces oímos este argumento, que no vale más que los aducidos respecto al llamado despojo de los bienes de la Iglesia.

Restablezcamos la verdad de los hechos y quedará desvanecida la acusación del despojo de los bienes de las esposas de Cristo.

Las propiedades amortizadas en sus conventos procedían de donaciones de los fundadores, de la acumulación de los dotes de las monjas muertas, y los de las vivas.

El término medio del valor de sus dotes era de 750 pesetas y el Estado cumpliría devolviéndoselos. Pero fué tan generoso, que concedió una renta vitalicia de 365 pesetas anuales á las que permanecieron en los claustros, y de 456 á las que salieron.

(¿Lo oís; obreros que os reventáis en la fábrica á beneficio del burgués?)

Este comentario no es nuestro, si no de Pío Díez.

«Estas rentas multiplicadas por 22.000, que era el número de religiosas en 1837, ascienden á más de 9 millones de pesetas, que al 3 por 100 representan un capital de 300 millones, suma que excede al valor de las propiedades de sus comunidades.

«La monja que llevó 750 pesetas y recibe anualmente 365 ó 456, logró una garga.

«¿Y qué diremos de los exclaustrados? Vivían con las rentas de las comunidades, del altar, sermones, imágenes, etc.; y los mendicantes de limosnas del altar y de sociedades que explotaban como los regulares.

«Al suprimir estas órdenes, el Estado, asignó seis reales diarios á cada fraile, y computando lo asignado en los presupuestos para el pago de las pensiones de monjas y de exclaustrados desde 1836, pasa de 600 millones de pesetas (advierto al lector que el cálculo está hecho en el año 1881), lo que la nación ha pagado ya por propiedades que no valían tanto al incautarse de ellas.

¿A cuánto llegará esa enorme suma cuando mueran todos los frailes y monjas que había en 1835? Este cálculo es difícil; porque desde que los unos no tuvieron los cuidados de la propiedad, y que pedir limosna los otros, su vida se prolonga de manera, que dieran envidia al mismo Matusalén.

Y no se crea que exageramos. En 1868 el ministro de Gracia y Justicia pidió las partidas de bautismo de las monjas, y supo que las...

(CIENTO CUARENTA AÑOS)

Aquellos bienes, acumulados en el transcurso de los siglos, no eran propiedad de frailes y de religiosas, sino de la entidad corporativa, de las órdenes ó instituciones monásticas á que pertenecían. Unos y otras, al entrar en los conventos, renunciaban al derecho de propiedad. El Estado era, pues legalmente heredero, al suprimirse aquellas corporaciones.

Además, muchos de aquellos bienes procedían del Estado, que en los siglos de la reconquista y en los dos subsiguientes, hizo á los conventos cuantiosas concesiones de terrenos de los moros, judíos y moriscos vencidos y expulsados.

Los frailes mendicantes no podían ser despojados porque nada tenían, y reciben seis reales diarios sin trabajar, sin prestar á la nación el menor servicio; y gracias que no sean perjuicios lo que le prestan.

La misma renta recibieron los monacales, aunque muchos entraron en catedrales, colegias y parroquias, acumulando ingresos diversos.

Las terceras partes de frailes y de monjas hicieron voto de pobreza, y no sabemos renunciar á la renta que los ponía en el estado de no tener que mendigar, aunque no pocos continuaron mendigando, por no perder tan piadosa y católica costumbre.

El despojado, si lo hubo, fué la nación, y no frailes ni monjas.

Con los datos que anteceden hay lo suficiente para taparles la boca á los clericales, tarea algo más difícil de lo que parece, pues para pedir la tienen más ancha que una espuerta.

PÍO DÍEZ

NECESIDAD de la representación libre en los procedimientos judiciales

(Conclusión.)

VII.—LO QUE CONVENDRIA

Lo expuesto evidencia, en mi sentir, que para evitar, dentro del periodo de transición en que estamos, los grandes abusos que por muchos Procuradores se cometen, nada más llano y fácil que hacer extensivo á la representación ante la jurisdicción ordinaria lo dispuesto para la jurisdicción contencioso administrativa; del rondo probatorio el personamiento de los interesados en cuantos asuntos tengan en los Tribunales; ya por los interesados ni más directamente (si, como sucede á los Abogados y á otras muchas personas, se ha tan para representarse), ya por Procurador (si quieren pagarlo y encuentran uno que les sirva bien), ya solamente por medio de Abogado apoderado (como se hace en los países más cultos).

Así viene ocurriendo desde la promulgación de la ley de 13 de Septiembre de 1888 en todos los asuntos contencioso-administrativos por importantes que sean; ahora en virtud del terminante precepto del artículo 249 del Reglamento de lo contencioso-administrativo de 22 de Junio de 1894 (1): sin que en tantos años como desde entonces van transcurridos, haya ocurrido nada malo y si mucho bueno (2).

(1) Este artículo 249 dice así: «Las partes pueden recurrir por sí mismas conferir su representación á un procurador judicial ó valerse tan sólo de un letrado con poder al efecto.»

(2) También diremos que al laudando calorosamente *El Imparcial* del 22 de Junio de 1912 el discurso pronunciado por D. S. gismundo Moret en el Congreso de

De este modo los Procuradores, en general, se mejorarían; toda vez que si no llenaban bien su cometido se podría prescindir de ellos.

Pero muchísimo mejor sería, indistintamente, la *supresión total de los Procuradores*: único seguro remedio a los males en los números 1 al VI expresados; y que resultan no solamente inútiles, sino encarecedores de los procedimientos, una vez que pueden llevar la representación los Abogados.

Así se ha entendido entre nosotros con las representaciones de la ley y del Estado; ejercidas directamente por los Abogados fiscales y los Abogados del Estado, sin mediación de Procuradores en ningún caso.

Y así se entiende en los más de los países cultos, donde se ha considerado que el *procurador ahora* (como el antiguo escribano de Cámara, refundido en el relator con el nombre de secretario de Sala) es no sólo inútil, sino perjudicial, por lo muchísimo que estorba, dificultando la defensa, y por lo mucho también que encarece su necesidad los asuntos en que interviene; cuando no también las corrupciones que origina su conducta y por las graves peligrosas que hacen correr a los derechos de las partes con las firmas en blanco etcétera, etcétera.

LO QUE PIDO

Pero mientras sea necesario, por precepto de la ley, que la representación en juicio tenga lugar por medio de Procurador fuera de los casos por la misma ley exceptuados, estimo, no sólo conveniente, sino imprescindible, que los Procuradores ejerzan su oficio ó profesión cumpliendo la misma ley á que deben su existencia.

Y por ello, ruego á V. S. yá la Junta de gobierno que dignamente preside se sirvan acordar lo necesario para que los numerosos abusos que dejo indicados desaparezcan del ejercicio de la Procura, por parte de quienes entiendo que ahora vienen cometiéndolos; evitándome el grave disgusto de estimar indispensable acudir á la publicidad para lograr la mejora que me propongo.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Madrid 26 de Julio de 1910.

DR. DIEGO DE BAHAMONDE.

EL MARQUES DE ZAFRA

Como después de entregado el oficio preinserto todo lo en él dicho ha continuado, lo doy á la prensa, deseando que ésta, con su inmenso poder, logre lo que la mera exposición de las razones más incontestables no consiguen en este rutinario, atrasado é infeliz país nuestro.

Los Diputados dos días antes, añade: «No se concibe embarrancarse en las resistencias de algunos interesados que medran en la selva oscura del actual procedimiento. El problema está plena y satisfactoriamente resuelto en nuestras propias leyes. Se ofrece en España el caso curiosísimo de que, junto á la jurisdicción civil, cu-

¿Espumarajo de jesuitas

He aquí un recorte que merece ser archivado en nuestra colección de *joyas eclesidísticas*.

En él echa el veneno de su pluma, de su lengua y de su corazón, la perniciosa *Compañía de Jesús*, que ha intentado hacer indiscutibles é inviolables las peregrinaciones de Ignacio y de Luisita Velazquez, los varones de Isabel Roser, los misterios de aquel convento que ciertos palatinos vaticanos llamaron «serrallo jesuita» en Roma; los «tactos mamillares» de que habla en sus cartas el general agutino Vázquez; las inmundas obscenidades que acusa al rey de España el fraile dominico Lafuente... y las que iremos apuntando poco á poco.

Esa quisicosa de gentes llamada *Compañía de Jesús*, prescrita de los Estados por inmoral, sediciosa, ladrona, impostora, señallos de los tribunales y pragmáticas de los reyes; esos expulsos se permiten insultar en la forma siguiente, por boca de un tal Pablo Ladrón de Guevara, á algunos escritores célebres:

«Pérez Galdós: «Impio, adalid de la heterodoxia en la novela, enemigo ardiente del dogma católico y de nuestras tradicionales costumbres, antipático y deshonesto.»

Victor Hugo: «Muy inmoral y fatalista, blasfemo, calumniador de la Iglesia y del clero.»

Chateaubriand: «Apasionado y sensual. Apasionado de sus relictos sensuales.»

D'Alembert: «Peor entre los peores.»

Bazant: «Muy malo y polibido.»

Castella: «Gran falsario y fabricante de Historia, insensato canonizador y apoloquista de herejes, calumniador de papas y santos, de ideas absurdas y descaradamente anti-católicas.»

El numerón: «Irrreligioso, espiritista, inmoral, se burla de la Iglesia, calumniador.»

Flaubert: «Atrovido, bajo, cínico.»

Maeterlinck: «Difuso.»

Hermanos Goncourt: «Deshonestos, de ideas incoherentes, falsas, malas.»

Sacretelle (E.): «De malas ideas: republicano.»

Valera (Juan): «Escréptico, ecléctico, sensual, atrevido, peligroso, libertad rayana en licencia.»

Ca men Silv: «Inconveniente.»

Beccucci: «Peligroso para jóvenes, poco seguro.»

yo procedimiento es matoral espeso, propicio para guirrida de toda clase de alimañas legales, e tá la jurisdicción contenciosa administrativa, cuyo procedimiento es bruto y económico hasta el punto de satisfacer el anhelo de justicia rápida y barata. ¿Cómo las normas que bastan para decidir el derecho en una jurisdicción no sirven para igual cometido en la otra? El procedimiento civil no se simplifica por que el jugo del litigante sustenta muchas voracidades.»

Isaacs (Jorge): «Peligroso para jóvenes.»

Gaboriau (Emilio): «Peligroso d los no formados.»

Dumas (padre): «Mal nacido. De malas ideas, inmoral y falsificador de la Historia.»

Dumas (hijo): «Mal nacido, defensor del divorcio y muy deshonesto.»

Pene (E.): «Peligroso.»

Stendhal: «Impio, libertino, prohibido.»

Sade: «Muy malo.»

Benavente: «Inmoral en alto grado.»

Tolstoy: «Incrédulo, racionalista, anarquista, nihilista, deshonesto, provocativo... faluo.»

A. Daudet: «Ya pasadero, ya bien peligroso.»

Dax (P.): A veces pasadero, á veces no.»

Dávila de Ponce: «Parece pasable.»

Barrantes (Vicente): «Bueno, algo nada derecho.»

Condesa Dash: «Tonterías.»

Chanteplure (Gui): «Peligrosillo veces.»

Chezy (G.): «De vida desordenada»

Lecomte (Julio): «Chismoso.»

Condesa Matthieu de Noailles: «Deshonesto.»

Hughes (T.): «Picante y liberal.»

Valle Inclán (D. Ramón del): «Malas ideas y muy deshonesto. Parece que ahora cambia de dirección.»

Mirbeau: «Impio, indecente, grosero.»

Lamartine: «De malas ideas, inmoral malo y donde menos ligero.»

Amici (E.): «De malas ideas, libre.»

Moet (Juan): «Espiritista, inmoral.»

Lermina (Julio): «Espiritista, inmoral.»

Molinas: «Sensual primero, cristiano después; para mayores.»

Port (Isabel María): «Mujer de un protestante.»

Fabre: «Alaba demasiado á Napoleón»

P. Coloma: «Muy bueno.»

Vaya, que no habrá más remedio que exhumar las porquerías literarias y las osadías doctrinales de esta gente, desde las teorías regicidas de Mariana hasta el cielo-lupanar del P. Henriquez, sin olvidar la escandalosa profanación del cuerpo de una madre hecho por el gran Suarez en el Tratado *De Maria Virgen*, y las infinitas indecencias de Sánchez en el tratado del matrimonio.

Sin ir tan allá, encontraremos arsenal atiborrado de asquerosidades en las Teologías modernas de la secta; y tanto y tanto podrán hurgar los jesuitas, que se encuentren á lo mejor con lo que no esperan.

Si á ese Ladrón, de Guevara y de honras, una *Defensa de la gente honrada* le exigiera probar sus dichos y le persiguiera por injuria y calumnia á tales escritos ¿no saldría condenado?

Obrando en justicia, sí.



Los Papas

POR

ROBERTO ROBERT

con el género humano; pero la intención...

La intención, la intención hay que mirar; lo demás son bagatelas.

Italia, Nápoles, Hungría y España, peleaban por Urbano; Francia sostenía a Clemente, y todas se condujeron con un valor tan heroico, que en vano se les propone por modelo a los degenerados zuevos de nuestros días.

Juana de Nápoles envió cuarenta mil ducados a Clemente para ayudarle a sostener la mansedumbre de la guerra, lo cual prueba bien a las claras que se confesaba deudora al Pontífice, pues no hay motivo para suponer que lo hiciese obligada por violencia alguna; pues, ¿qué violencia puede hacer a nadie un pobre y humilde Pastor de almas, dedicado sólo a preces y penitencias y atareado administrador de los bienes de los pequeñuelos?

¡Y porque la culpable Juana, por disposición de Dios, pareció estrangulada al pie del altar, a manos de Carlos de Duras, su hijo adoptivo y heredero de sus Estados, los impíos propalaron el falso rumor de que Carlos había obrado por instigación de Urbano!

¡...Malos!

Lo que parece cierto es que Carlos de Duras ofreció espontáneamente al Papa regalarle para los pobres la mitad de la herencia de Juana, y después se negó a cumplirlo, cosa que, francamente, estuvo muy fea.

Sospecharon algunos si seis cardenales, que parecían muy inclinados a Carlos, tendrían alguna parte de culpa en su mal proceder, y aseguran ciertos autores, si bien pudieron errar, pues no eran santos, que el Papa les cogió, les hizo colocar cargados de cadenas en unas hediondas fosas, les hizo sacar los ojos (pagando él de su bolsi lo todos los gastos), les hizo arrancar las uñas de los pies y de las manos, les hizo arrancar los dientes, les hizo despedazar las carnes con garfios de hierro candente, y así mutilados, pero vivos todavía, les mandó acondicionar dentro de unos sacos de cuero, y por último, les hizo arrojar al mar.

No aseguraremos que todo esto sea verdad; diremos más, muchos autores católicos que tratan de Pontífices y cuentan de sus milagros y virtudes, no di-

cen una palabra de este frívolo incidente; pero creemos que podría muy bien ser verdadero; pues si el hombre más ordinario se irrita y enfurece cuando le arrebatan lo suyo, ¿cómo no se pondría Urbano viéndose defraudado de lo que tanto necesitaba para socorrer a los pobres; cómo no se enfurecería al pensar en el compromiso en que se había de ver cuando el Señor le preguntase: ¿qué hiciste del medio reino de Nápoles?

Comprendo, comprendo que llegada a su paroxismo la saña pontificia, hiciese lo que dicen que hizo Urbano con los seis cardenales que ayudaban a defraudarle: cosa que, la verdad, no es de buenos compañeros.

Clemente VII residía, como hemos dicho, en Aviñón, y recibía tributos cuantiosos que de todas las iglesias de Francia se le enviaban.

Así se puede decir que tenía una posición regular, y su único pesar consistía en que el cielo no diera una señal evidente de que él era el verdadero Papa.

¡Prodigiosa simpatía! El único pesar de Urbano lo causaba también la falta de una prueba sobrenatural de que el verdadero Papa era él.

Uno y otro en fervientes oraciones rogaban al cielo por el bien de los pueblos cristianos, mientras sus apasionados partidarios, que sólo pensaban en resolver la duda por medios meramente humanos, parecían ajenos a todo sentimiento piadoso, y todo era traiciones, envenenamientos y degüellos, y si tal o cual príncipe propuso algún medio para poner término a tanta mortandad y tantos horrores, el medio fué siempre tan descabellado, que ninguno de los dos Papas pudo en conciencia aceptarlo.

Los cardenales opinaban que aquello iba a acabar pronto; más para que se vea cuanto yerra el hombre, aun siendo cardenal, el cisma se perpetuó y fué siguiendo aún debajo de los sucesores de los mencionados Papas.

Entonces fué cuando los cardenales reunieron un concilio en Pisa, al cual llamaron, citaron y emplazaron a los dos Pontífices, que eran Benedicto XIII y Gregorio XII.

Ni uno ni otro quisieron acudir a la solemne cita, y el Patriarca de Alejandría, con los de Antioquía y Jerusalem, en la Basílica, abiertas las puertas y en presencia del pueblo congregado, pronunció en alta voz la destitución de los Papas.

Alejandro V trató de conciliar la unión de la Iglesia, se propuso reformar las costumbres del clero, que no eran del todo arregladas a la moral, y quiso repartir los cargos eclesiásticos entre personas virtuosas; pero desgraciadamente

murió, y más desgraciadamente la malicia atribuyó su muerte a un veneno que por medio de un *clisterio* (seamos cultos) le había propinado Baltasar Cozza.

Baltasar mandó reunir el Cónclave, y con todas las formalidades que él creyó necesarias, se hizo Papa y tomó el nombre de Juan XXIII.

Los cardenales, acostumbrados a nombrar ellos los Papas, refunfuñaron un poco al ver que Baltasar había suprimido la formalidad de la elección; pero viendo que el Señor no les daba aliento para protestar contra ella, la confirmaron con abnegación verdaderamente cristiana.

Pero los Papas depuestos, Benedicto y Gregorio, renovaron sus antiguas pretensiones, y como importaba tanto averiguar cuál de los tres era el verdadero, se encendieron piadosas guerras en Prusia y en Italia.

En vez de reducir los tres Papas a uno, resultó que en vez de un emperador hubo también tres, y así entre lo temporal y lo espiritual, tenía cada individuo seis amos a quien obedecer.

Los anatemas y la sangre corrieron en abundancia por Europa; mas como ni el hierro ni el fuego, ni el temor de condenarse inspiraban ninguna solución aceptable, se reunió un nuevo concilio.

El nuevo concilio destituyó a Juan XXIII, es cierto; pero lo que no puede ser cierto es lo que dicen varios autores profanos sobre que los obispos y los cardenales acusaran al ex-Papa de asesinatos, incestos, envenenamientos y sodomías; de haber seducido a trescientas religiosas y haber tenido con ellas lo que la pluma se resiste a escribir; de haber hecho otro tanto con tres hermanas suyas, empleando para ello no la seducción, sino la violencia, y de haber tenido enerrada a una familia entera por exceso de pasión a la madre, al padre y al hijo. Repito que no es creíble ni debe creerse que los obispos y cardenales hicieran acusación semejante.

De Martín V sólo se oyen elogios mercedos.

El hizo quemar vivos a Juan Hus y a Jerónimo de Praga, corifeos de una nueva secta que se entrometía en si los clérigos llevaban la vida más o menos arreglada.

Y además los susodichos Juan y Jerónimo se atrevieron a acusar de ambicio-

(Continuad.)

IMPRENTA DOMINGO BLANCO - LIBERTAD 31